

EXCHANGES ÉCHANGES INTERCAMBIOS SCAMBI

Nº 75, 2001/2

† **Martin J. Royackers, S.J.**
1959-2001

* **Presentación** 38

* **La anulación de la deuda africana no cambiará nada** 39
Aquiline Tarimo, S.J., Tanzania

Historia de la Misión Obrera Jesuita

Noël Barré, S.J.

Un Testamento Espiritual

† Herman Pillaert, S.J.

..... 49

* **Raíces de una cultura vocacional propiamente jesuítica** 61
Gabino Uríbarri, S.J., España

* **Carta desde Italia** 71

C.P. 6139 – 00195 ROMA PRATI – ITALIA

+39 0668 79 283 (fax)

sjs@sjcuria.org

El Secretariado para la Justicia Social de la Curia General de la Compañía de Jesús publica *Promotio Iustitiae* en castellano, francés, inglés e italiano, utilizando papel sin cloro (TCF).

Quien desee recibir *PJ*, puede enviar su dirección postal al Editor (indicando el idioma deseado).

Promotio Iustitiae pronto estará también disponible en el World Wide Web, en la dirección:

www.sjweb.org/sjs

Si le llama la atención alguna idea de este ejemplar, recibiremos con gusto su breve comentario al respecto. Si desea enviar una carta a *PJ* para su inclusión en un próximo número, utilice, por favor, la dirección, el fax o el correo electrónico indicados en la portada.

Se anima a reproducir los artículos de *PJ*. Rogamos que se cite como fuente a *Promotio Iustitiae*, y que se indique también la dirección. Por favor, envíe una copia al Editor. ¡Gracias!

Michael Czerny, S.J.
Editor

† Martin J. Royackers, S.J. 1959-2001

El domingo 17 de junio Martin Royackers, S.J. predicó sobre la ola de criminalidad en Jamaica: 453 personas han sido asesinadas en la isla caribeña (población: 2,6 millones) desde principios de año. «Esto también podría pasarme a mí», comentó a su congregación, «y si así ocurre, quiero ser enterrado aquí entre mi gente».

Cuatro días después, el jueves 21 por la mañana, el jesuita canadiense, de 41 años de edad, fue hallado boca abajo en un charco de sangre con una bala en el corazón disparada a corta distancia. No había señales de robo, y estaba tendido en la terraza de su despacho agarrando las llaves de la iglesia en su mano.

Al P. Martin le mataron cerca de la iglesia católica de Santa Teresa, donde trabajada desde 1995 y de la que ahora era párroco. Santa Teresa está en Annotto Bay, una pequeña ciudad del noreste a unos 48 km. de Kingston, en el distrito de Santa María. «Su entrega a los demás era completa, parecía como si no se preocupara por sí mismo. No daba importancia ni a la comida ni a la ropa. Siempre estaba con la gente», dijo entre sollozos el diácono de la parroquia, Anton Fernandopullé.

Junto con Jim Webb, S.J.*, Superior Regional de Jamaica, Martin estaba muy comprometido en un proyecto de desarrollo que persigue, entre otros fines, que las tierras estatales infrautilizadas se destinen a la producción de alimento. El Proyecto de Desarrollo Rural Santa María (PDRSM) es un esfuerzo conjunto de los vecinos, los jesuitas canadienses y la CIDA (la agencia oficial canadiense de desarrollo internacional). A principios de junio la oficina de PDRSM recibió una llamada telefónica amenazando de muerte a ambos sacerdotes. Quien realizó la llamada relacionó la amenaza con la petición del PDRSM al gobierno para que libre unas 30 hectáreas de tierra y las destine a la agricultura local. La policía jamaicana, una vez informada, recomendó a los religiosos que tomaran la amenaza en serio.

Martin Royackers nació el 14 de noviembre de 1959 en Strathroy, cerca de London, Ontario (Canadá). Ingresó en la Compañía de Jesús en Guelph en 1978, fue ordenado en Toronto en 1988 y realizó sus votos finales en Jamaica en 1999. El Arzobispo católico de Kingston, Rmo. Edgerton Clarke, lamentó la pérdida de un valiente sacerdote y añadió: «ya no hay respeto por la vida en ninguna área de la sociedad ... ya nadie está a salvo».

Este dócil jesuita trabajó incansablemente por los pobres con gran dedicación pastoral. A pesar de ser un hombre tímido, Martin era un orador franco y buen amigo de muchos. Presidía dos consejos escolares e impartía Desarrollo Social Cristiano en el Centro Teológico San Miguel.

* St. Theresa Church, P.O. Box 5, Annotto Bay, Jamaica, West Indies, +876 996 2410 (fax), <jimwebb@infochan.com>.

PRESENTACIÓN

El Gran Jubileo del Año 2000 sacó a relucir varias prioridades pastorales a las que la Iglesia tiene que hacer frente en el Tercer Milenio, detalladas por el Papa Juan Pablo II en su carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, en concreto en los capítulos III y IV. Posteriormente, en mayo de este año, un Consistorio Cardenalicio Extraordinario debatió sobre la vida de la fe y de la Iglesia en relación con la cultura dominante y el fenómeno de la globalización.

Los Cardenales se unieron a la oración del Santo Padre por el cese de las hostilidades en Oriente Medio:

Dirigimos un apremiante llamamiento a todos los cristianos para que intensifiquen su oración por la paz en Tierra Santa y pedimos a los responsables de las naciones que ayuden a israelíes y palestinos a convivir pacíficamente. En la tierra de Jesús la situación se ha agravado recientemente y ya se ha derramado demasiada sangre. En unión con el Santo Padre, suplicamos a las partes implicadas que lleguen cuanto antes a un «cese el fuego» y reanuden el diálogo en un plano de igualdad y respeto mutuo.

El mensaje final de los cardenales reconoce que la experiencia de la fe vivida durante el Jubileo «nos lleva a no tener miedo, sino a remar mar adentro»:

La comunión estimula a la Iglesia a ser solidaria con la humanidad, especialmente en el actual contexto de la globalización, con la multitud creciente de pobres, de personas que sufren, de hombres y mujeres a quienes se pisotea en sus sagrados derechos a la vida, a la salud, al trabajo, a la cultura, a la participación social y a la libertad religiosa.

A los pueblos que sufren a causa de tensiones y guerras les renovamos nuestro compromiso de trabajar por la justicia, la solidaridad y la paz. Pensamos particularmente en África, donde numerosas poblaciones se hallan probadas por conflictos étnicos, por una pobreza persistente o por graves enfermedades. A África vaya la solidaridad de toda la Iglesia.¹

Este número 75 de *PJ* se esfuerza por contribuir a esa misma solidaridad, basada en la experiencia y en la fe de jesuitas que trabajan con el pueblo de Dios de distintas maneras y en distintos lugares del mundo.

Los comentarios son siempre bienvenidos.

Michael Czerny, S.J.
Editor

¹ Mensaje final de los Cardenales reunidos en Consistorio, Roma, 24 de mayo de 2001, Solemnidad de la Ascensión del Señor, n. 6.

La ANULACIÓN de la DEUDA AFRICANA NO CAMBIARÁ NADA

Aquiline Tarimo, S.J.

La mera anulación de la deuda externa africana no es suficiente, porque la crisis de la deuda africana va unida a la organización injusta de las estructuras económicas nacionales e internacionales. Si buscamos una solución permanente, debemos conocer las causas que originaron el problema y estar dispuestos a cambiar aquellas estructuras que perpetúan esta condición. Este artículo reflexiona sobre las consecuencias del fenómeno actual de la anulación de la deuda como medio para impulsar el crecimiento económico de África. La argumentación se centra en tres áreas: las causas de la crisis de la deuda africana, la anulación de la deuda africana y el papel de la Iglesia católica, así como propuestas de futuro.

1. Causas de la crisis de la deuda africana

La crisis de la deuda africana obedece a varias causas. En primer lugar, los países africanos heredaron al independizarse las instituciones y estilos de gobierno no democráticos de sus respectivas potencias colonizadoras, estructuras que habían generado mucha riqueza en Europa. Los modelos de gobierno y las políticas puestas en práctica en las colonias no fueron construidas en interés de África. Esta situación preconizaba una crisis institucional. Lo que sucedió es que tras la independencia, los líderes africanos hicieron caso omiso de las opciones tradicionales por las que podían haber optado para diseñar gobiernos eficaces, y se atrincherraron en las estructuras no democráticas de los colonizadores. Con esta medida fallaron a los africanos y frustraron la realización de su sueño de libertad, justicia y prosperidad. Basil Davidson denomina este fenómeno «crisis institucional»¹.

Esto repercutió tanto en las instituciones políticas como en las económicas. Las estructuras económicas coloniales no se modificaron tras la independencia. Los países africanos continuaron exportando materias primas básicas para alimentar las industrias europeas. Según Sina Odugbemi, alrededor del 51% de las exportaciones africanas se destina a Europa, mientras que cerca del 27% se dirige hacia los países en vías de desarrollo². El comercio inter-africano apenas representa un 7,5%³. Esta situación afecta profundamente a las economías africanas porque la mayoría depende de los productos agrícolas de exportación para sus ingresos en monedas extranjeras. Además, los precios de estos productos han sido irregulares y a menudo bajos en el mercado mundial.

A esto se añade el problema del ahorro interno. El problema es que un país africano típico no tiene el ahorro interno suficiente para reunir el capital necesario para el desarrollo local. La mayoría de los países financian sus presupuestos interiores con dinero extranjero prestado. Este dinero de donantes internacionales reviste las formas de préstamos y ayudas. Para pagar estas deudas, los países africanos confían en el dinero que obtienen de las exportaciones. Sin

¹ Basil Davidson, *The Black Man's Burden: Africa and The Curse of the Nation-State*, Nueva York: Times Books, 1992, p. 12.

² Sina Odugbemi, «Brave New World», *West Africa* (17-23 de abril de 1995), 582.

³ *Ibid.*, 585.

embargo, como ya se ha explicado, la mayor parte de los Estados africanos sólo exporta materias primas, lo que no genera el flujo monetario necesario. El dinero que se consigue reunir no cubre los costes de importación de los productos necesarios para la explotación agrícola ni el presupuesto del país en su totalidad. De hecho, algunos países ya no pueden producir materias primas para exportarlas. Con todo, la falta de transformación estructural no traslada toda la culpa al extranjero. La corrupción y la mala gestión siguen contribuyendo a deteriorar la situación.

En segundo lugar, el crecimiento de la deuda africana ha alcanzado proporciones preocupantes en los años 70. Entre 1970 y 1979, la deuda externa de los países en vías de desarrollo creció un 400%⁴. Dos factores que explican este rápido incremento fueron las políticas prestamistas internacionales y la mala gestión local. En los años 70, el superávit que se logró con el alza del precio del petróleo se invirtió en bancos europeos y estadounidenses. Estos «petrodólares» se prestaron a los países pobres. El desequilibrio comercial entre Europa y Estados Unidos también generó un excedente de dólares en Europa. Estos eurodólares también se invirtieron en forma de préstamos⁵. El crecimiento de los petrodólares y eurodólares permitió el acceso de los países pobres a préstamos fáciles con tipos de interés flexibles. Según Claude Ake, «los países africanos se aprovecharon de la disponibilidad de crédito, tomaron prestado con entusiasmo e hicieron malas inversiones con su crédito fácil. Entre 1974 y 1982 el valor de la deuda en dólares de [muchos] países creció de 140 billones a 560 billones»⁶.

Varios países africanos tomaron grandes cantidades prestadas. Por mucho que se pueda echar en cara a los países africanos este endeudamiento poco razonable, no se puede perder de vista el hecho de que los prestatarios son impotentes sin prestamistas. En otras palabras, si los prestamistas no hubieran hecho esos dineros tan disponibles, los prestatarios se habrían obligado a los préstamos con mayor cautela y menor frecuencia. Así, William Darity y otros afirman que estos préstamos se impusieron a los países pobres para incrementar el margen de beneficio de los bancos europeos y norteamericanos⁷. En un esfuerzo por colocar el excedente de petrodólares y eurodólares en la década de los 70, los bancos incitaron a los países pobres a contratar préstamos por medio de un ablandamiento drástico de los términos. De este modo los bancos implementaron estrategias que crearon la actual crisis financiera de África⁸. El ansia de beneficios inició el rápido crecimiento de las deudas de los países pobres. Esto empeoró la situación al sobrepasar los ingresos por exportación y coincidir con una muy deficiente gestión interna. Los levantamientos sociales tras la desilusión de la independencia trajeron consigo muchos dictadores y líderes militares. Fueron éstos quienes contrataron los préstamos. Muchos de los préstamos de aquella época cayeron en las manos equivocadas y fueron malversados a menudo. En varios casos se emplearon los créditos para adquirir armamento con el que reprimir la oposición política interna.

En tercer lugar, la crisis de la deuda de los 80 estuvo relacionada con la respuesta del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial (BM). La comunidad financiera desplegó enormes esfuerzos para volver a incluir a los países africanos en el sistema. No cabe duda de que las instituciones financieras internacionales desempeñaron un papel muy impor-

⁴ Kristen Hallberg, «International Debt, 1985: Origins and Issues for the Future», en *World Debt Crisis: International Lending on Trial*, ed. Michael P. Claudon, Cambridge, Massachusetts: Ballinger, 1986, p. 3.

⁵ Jo Marie Griesgraber, *Continuing Dialogue on Debt*, Washington, D.C.: Center of Concern, 1991, p. 5.

⁶ Claude Ake, *Democracy and Development in Africa*, Washington, D.C.: The Brookings Institution, 1996, p. 104.

⁷ William Darity, «Did Commercial Banks Push Loans on the LDCs?» en *World Debt Crisis*, pp. 199-225.

⁸ *Ibid.*, p. 200.

tante en esta crisis. No se contemplaba la anulación de las deudas. Un paso así disminuiría los dividendos de los bancos de Europa y Norte América y podía incluso acarrear el derrumbamiento de los mercados financieros de todo el mundo. Esta situación llevó al FMI a poner en práctica lo que ha dado en llamarse el Programa de Ajuste Estructural (PAE). De esta manera, los años 80 fueron los años PAE en África. Su principal objetivo, a pesar de que pueda parecer lo contrario, no era el alivio de los problemas económicos de los países pobres. Se trataba de estabilizar los mercados financieros mundiales sin perturbar las economías de los países ricos. A pesar de los argumentos que hoy se esgrimen acerca de los efectos beneficiosos del PAE, especialmente por parte del FMI, se puede decir que el PAE no contemplaba a los países pobres ni al ser humano como centro de atención. Lo cierto es que las instituciones financieras impusieron un peso intolerable a los países pobres. Esto quiso decir más deuda y más sufrimiento para ellos. Por si fuera poco, los préstamos que se concedieron a África en este período apuntaban a asuntos de seguridad y de pararle los pies al comunismo más que a necesidades humanitarias.

En cuarto lugar, para comprender bien el impacto del PAE en la economía de los países africanos es preciso examinar también los efectos a largo plazo del PAE. Los años 80 fueron testigo de una profunda crisis de los países pobres africanos originada por la subida de los costes de las importaciones y la caída de los ingresos por exportación. Esta tendencia desembocó en el PAE con la esperanza de paliar la crisis. El PAE es una estrategia financiera de «crecimiento de la inversión de capital basada en la ayuda»⁹. ¿Cuáles son los frutos del PAE? El PAE supuso incontables apuros para la población de a pie, aduciendo que tales penurias eran necesarias para un futuro mejor. Entre las condiciones que se impusieron se encontraban la reestructuración de las empresas públicas, el levantamiento de controles sobre los precios minoristas y de producción, la liberalización del comercio y del sistema cambiario, y el establecimiento de bases impositivas mayores para los impuestos¹⁰. Estas condiciones afectaban más al ciudadano de a pie que a los ricos inversores extranjeros¹¹. Para los africanos supuso una subida de los precios de bienes básicos como la alimentación y los medicamentos. Dicho de otro modo, la carga de este ejercicio se impuso a los países prestatarios, mientras que los países prestamistas y sus instituciones se negaron a realizar por su parte el ajuste igualmente necesario en los arreglos financieros internacionales. Los países y las instituciones prestamistas conservaron sus ventajas y permanecieron al mando, dictando las reglas del juego. Lo que está claro es que la estrategia PAE fue poco realista, ya que la capacidad económica de los países pobres no había mejorado. Antes bien, había una creciente dependencia de la ayuda extranjera¹². La continua devaluación de las monedas locales exacerbó aún más la situación. Los gobiernos sólo podían hacer llamamientos a «apretarse el cinturón». Aparentemente, las políticas del FMI y del BM eran dignas de elogio, pero tomando en consideración la continua devaluación de las monedas locales y el sufrimiento de las masas, los efectos de tales políticas fueron trágicos.

El PAE fomentó la liberalización del comercio y promovió el crecimiento de empresas multinacionales (EMN). Estas empresas se aprovecharon de los bajos salarios y de la endeble re-

⁹ Vic Missiaen, «Economic/Sociological Models of Development», *AFER* 37 (octubre de 1995), 192-305; véase p. 296.

¹⁰ Guy Arnold, «An African Way?», *New African* (septiembre de 1994), 17-26, véase p. 26.

¹¹ Peter Henriot, «Effects of Structural Adjustment Programmes on African Families», *African Christian Studies* 11/2 (junio de 1995), 1-16.

¹² Por ejemplo, el informe analítico de Thermon Djaksan sobre la deuda subsahariana de 1993, 1994 y 1995 muestra que el incremento de la ayuda y de los préstamos extranjeros no frenó el índice de declive económico («Development Aid Committee's Annual Report», *West Africa* [18-24 de marzo de 1996], 430-35).

gulación gubernamental. Podría decirse que las EMN crean empleo e impulsan el capital en aquellos países en los que se instalan. Esto puede ser cierto en teoría, pero el efecto global es de desventaja para los países pobres¹³. Debido a la pobreza y a la necesidad de capital, se ejerce poco control sobre las actividades de las EMN. Las condiciones laborales se descuidan y se abusa del medio ambiente. Los beneficios de las EMN no suelen reinvertirse en el país mismo, sino que suelen revertir en los países de origen de las EMN. Los efectos de las EMN en la industria local también son desastrosos. Las empresas locales no pueden competir con las EMN. Carecen de recursos de capital y de acceso a los mercados internacionales. Muchas industrias locales van camino de la quiebra y el colapso.

Con frecuencia, el FMI y las EMN privan a los países pobres de los tan necesarios recursos financieros. Por ejemplo, en 1986 «cuarenta y cinco países subsaharianos devolvieron al FMI 895 billones de dólares más de los que tomaron prestados»¹⁴. Hasta 1993 la deuda del África subsahariana aumentó en un 354% al mismo tiempo que en el Primer Mundo se vivía un aumento de la riqueza¹⁵. Esta riqueza se concentra cada vez más en manos de unos pocos. En el informe de 1992 del BM y del FMI se afirma que «el 20% más rico de la población controlaba el 83% de los ingresos totales, mientras que el 20% más pobre tuvo que sobrevivir con el 1,4%»¹⁶.

Esta realidad se refleja a nivel local. Cada vez son más las EMN que se aprovechan de la situación y facturan enormes beneficios, mientras que la mayoría de la población hunde en la miseria¹⁷. Estas realidades provocan interrogantes de justicia: ¿serán sometidos los países africanos a un nuevo tipo de esclavitud económica? ¿Tienen poder los gobiernos africanos para embarcarse en proyectos beneficiosos para su población con interferencia externa limitada? Lo que hemos visto hasta el momento en esta reflexión pone fuera de duda el hecho de que la crisis de la deuda afectará al futuro de la economía africana, tanto a corto como a largo plazo.

En quinto lugar, para buscar soluciones es apropiado considerar el impacto del creciente mercado global, la marginación política de África y las perspectivas de futuro económico para África. La supervivencia del futuro económico africano depende de las estrategias económicas y políticas mundiales. El ritmo y la escala de lo que está ocurriendo en el mercado global sugiere la marginación de África. La marginación económica de África supone «la regresión económica de África en relación con otras regiones del mundo, así como la decreciente importancia y relevancia de África para la economía global, en particular para los países industrializados»¹⁸. Podría explicarse el problema de la marginación de África como la reafirma-

¹³ En muchos países las EMN son aceptadas en la creencia de que el principio económico del goteo (*trickle-down*) cambiará la situación. Desgraciadamente, en lugar de gotear hacia abajo gotea hacia arriba. Para mayor detalle, véase Michael P. Hornsby-Smith, «Justice and Peace: Theory and Practice», *The Month* 29/1 (enero de 1996), 3-6.

¹⁴ Laurenti Magesa, «Christian Discipleship in Africa in the Twenty-First Century», *AFER* 36/5 (octubre de 1994), 283-99, véase p. 294.

¹⁵ «Sub-Saharan Africa: Route to Success Lies in Sound Economic Policies», *IMF Survey* (febrero de 1995), 63.

¹⁶ «World Bank and International Monetary Fund: Guilty as Charged», *Envío* 13 (diciembre de 1994), 161.

¹⁷ Paul Valley, autor de *Bad Samaritans*, hace un análisis de esta situación. Señala que los préstamos que se conceden a los países del Tercer Mundo no son una auténtica ayuda, sino una forma de comercio extremadamente rentable que empobrece aún más a los países pobres. Desarrolla la misma idea mediante ejemplos concretos en el artículo «How to Make the Poor Poorer», *The Tablet* (24 de febrero de 1996), 248-50.

¹⁸ Ake, *Democracy and Development in Africa*, cit., p. 113.

ción de lo que Walter Rodney llama «el problema del subdesarrollo»¹⁹. Hoy África está estancada, es poco atractiva para inversores y donantes extranjeros, e incapaz de atraer el interés de las demás regiones del planeta. Esto hace de África una no-entidad en el comercio mundial, olvidada en las consideraciones económicas. Este recrudecimiento de la crisis del subdesarrollo se conoce como marginación. Así, el discurso acerca de la marginación africana se refiere explícitamente a las estrategias del mercado mundial, de las instituciones financieras y de los donantes particulares a quienes África no interesa suficientemente.

También quisiera poner de manifiesto que el creciente interés por el mercado global no beneficiará a África. Ello se debe a que África es incapaz de integrarse en un sistema de comercio global. El sistema de comercio global sólo abrirá los mercados africanos a los bienes extranjeros, con el consiguiente empeoramiento de su situación. Mientras tanto, es necesario apoyar los esfuerzos de África por reformar su infraestructura económica mediante programas de ajustes estructurales válidos. Tales programas deben incluir el proceso de refuerzo de estructuras básicas y promover el estado de derecho con vistas a establecer una cultura de respeto a los derechos humanos, democracia, igualdad y justicia social.

No cabe duda de que «fuerzas poderosas, incluido el cambio tecnológico, la caída de barreras comerciales y la liberalización financiera están transformando la forma de la economía mundial»²⁰. Más aún, instituciones financieras como el FMI y el BM actúan cada vez más como si la economía global consistiera en «un único mercado con sectores regionales, más que como economías nacionales unidas por el comercio. ... Quizás lo más grave es que la caravana del crecimiento global exacerbará las desigualdades y empobrecerá aún más a los pobres. Los resultados hasta la fecha parecen justificar alguna ansiedad. Se están vertiendo enormes flujos de inversión en países en vía de desarrollo. Sólo el 6% fue a parar a África»²¹. ¿Cómo sobrevivirá África, si sigue dependiendo de este flujo decreciente de ayuda? Hasta ahora no hay programa alguno diseñado para integrar a África en el proceso de globalización económica. Para Justin Ukpong, «la globalización de la economía mundial en virtud de la cual las débiles economías agrarias no tecnológicas del Tercer Mundo han sido fusionadas a las fuertes economías tecnológicas de Europa y Norteamérica debe considerarse una forma de opresión económica»²². El hecho es que la estructura del mercado global beneficia sólo a los países ricos. Mi argumento es que a medida que el mercado global se perfila, se olvida a África. Esto se debe a la incapacidad de África para entrar en esta competencia. Además, no hay garantía de que el juego será limpio, ya que no existen líneas maestras que motiven la participación de los países pobres. Por lo tanto, la invención de un mercado global marginará a la economía africana a corto y largo plazo. Para justificar esta conclusión es necesario analizar con detalle el cambio estratégico de la economía mundial.

Es difícil encontrar algo en el momento actual que pueda mantener a África en la escena internacional. Semejante cambio dramático es el resultado del fin de la guerra fría y del surgimiento del mercado global. La realidad es que los desarrollos tecnológicos y las estrategias económicas mundiales han marginado a África. El rápido avance de la tecnología en los últimos años debe ser considerado como un factor significativo. La tecnología ha permitido a los países industrializados reemplazar las materias primas por materiales sintéticos. Esto supone

¹⁹ Walter Rodney, *How Europe Underdeveloped Africa*, Washington, D. C.: Howard University Press, 1982, pp. 33-200.

²⁰ Charles Wookey, «Perils of a Global Economy», *The Tablet* (18 de mayo de 1996), 640.

²¹ *Ibid.*, 641.

²² Justin S. Ukpong, «Option for the Poor: A Modern Challenge for the Church in Africa», *AFER* 36/6 (diciembre de 1994), 350-66, véase p. 362.

que los países altamente industrializados de Norteamérica y Europa occidental ya no dependen de los productores de materias primas. Más aún, la manipulación deliberada del mercado mundial y de la política deja a África al borde del desastre socioeconómico y político. Sin duda, estos cambios sitúan a África en una situación de marginación. Desgraciadamente, la fuerza del monetarismo induce a creer que basta con que las instituciones financieras establezcan los incentivos y las políticas monetarias para que todo el mundo se comporte de la manera adecuada y que por tanto la economía proporcione inmediatamente los resultados buscados²³. No se trata meramente de reordenar políticas, sino más bien de transformar toda la infraestructura y crear un «entorno capacitador» («*enabling environment*»)²⁴.

Otro aspecto a considerar es que los préstamos que se realizaron entre los años 60 y los 90 carecían de estrategia transformadora. El Informe del BM de 1998 se refiere a esta cuestión al enfatizar la necesidad de transformar las estructuras económicas africanas creando un entorno capacitador²⁵. Un entorno capacitador requiere capacidad de gobierno y renovación política. Esto incluye la elaboración de políticas, el estado de derecho, la independencia de los jueces, la honestidad y la responsabilidad. Los países africanos no han logrado generar sistemas políticos y económicos que garanticen estas condiciones. Dicho de otro modo, las estructuras básicas no están organizadas de manera que puedan promover un proceso de creación de riqueza económica. Echando un vistazo a la situación política de África hoy se percibe que un cambio real tardará en llegar porque los políticos están más interesados en retener poder político que en construir infraestructuras económicas estables. Por ejemplo, la mayor parte de los líderes africanos hacen uso de fondos públicos para comprar voluntades y artículos de lujo para su consumo personal. Así las cosas, la posibilidad de enlazar fuerzas políticas y lógica económica depende del contexto y de la cooperación entre distintas instituciones. Teniendo en cuenta los ingentes obstáculos a los que hacen frente los países africanos en la actualidad, un cambio positivo debe ser integral y debe promover estructuras de base. Evaluemos ahora sucintamente el papel que la Iglesia Católica ha desempeñado en esta crisis.

2. La anulación de la deuda africana y el papel de la Iglesia católica

Desde 1995, la Iglesia católica en su conjunto y en particular la Iglesia católica occidental y sus organizaciones han venido haciendo campaña a favor de la anulación de la deuda africana²⁶. Se ha ejercido presión en varios foros internacionales. Podría afirmarse que en la historia de la Iglesia católica universal no ha habido ningún otro asunto relacionado con África que haya suscitado la unidad que la búsqueda de soluciones inmediatas a este problema ha provocado. Empiezan a recogerse los frutos, puesto que la deuda de muchos países está actualmente en proceso de anulación. Esto ciertamente honra a la Iglesia católica occidental.

Sin embargo, si lo que la Iglesia busca es promover una concienciación que pueda conducir a la erradicación de esta forma de pobreza e injusticia global en África, deben adoptarse más medidas urgentemente para asegurar el futuro de África. Este esfuerzo debe contemplar propuestas prácticas que conduzcan a la transformación estructural de la economía tanto a nivel

²³ William Tordoff, *Government and Politics in Africa*, Indiana: Indiana University Press, 1984, p. 272.

²⁴ Thomas M. Callaghy, «The State and the Development of Capitalism in Africa», en *Prekarious Balance: State and Society in Africa*, eds. Donald Rothchild and Naomi Chazan, Colorado: Westview Press, 1988, pp. 67-99.

²⁵ World Bank, *Adjustment Lending: An Evaluation of Ten Years of Experience*, Washington, D.C.: World Bank, 1988, p. 3.

²⁶ Por ejemplo: Red Jesuita por la Reducción de la Deuda Externa y el Desarrollo (JDRAD); 26, Upper Sherrard Street; Dublin 1, Irlanda; fax: +353 1 8364377; <cfj@s-j.ie>; <www.jesuit.ie/jdrad/>.

nacional como internacional, para así permitir la participación de África en el mercado global, aumentar la igualdad y avanzar en la autodeterminación.

Con todo, a la hora de la verdad mucho dependerá de los individuos que trabajan con deseo de cambiar las estructuras que son la raíz de esta crisis y que determinan las políticas de estas instituciones. La crisis africana debe comprenderse con vistas a evaluar el papel del Estado, de la sociedad civil, el sector económico y el orden económico global en el que todos deben trabajar. En la búsqueda de un entorno capacitador lo peor que pueden hacer los africanos es poner demasiado énfasis en la anulación de la deuda. La anulación de la deuda por sí sola no cambiará la situación real. Sólo un cambio estructural generará un nuevo entorno propicio para la participación, independencia y creación de riqueza. Opino que incluso si se anularan todas las deudas de África, las cosas no cambiarían tanto debido a condiciones persistentes: mala planificación, liderazgo ineficaz, corrupción, apropiación indebida de fondos públicos, ausencia de sociedad civil y participación, luchas de poder, sobredependencia, éxodo de los intelectuales y manipulación de los pobres.

3. ¿Qué debería hacerse?

Las causas de la crisis de la deuda africana son numerosas y varían de un país a otro. En consecuencia, las soluciones también deberían ser flexibles y adaptarse a los diferentes contextos y condiciones propios de cada país. Al buscar una salida, es pertinente preguntarnos: ¿qué debería hacerse para cambiar la situación? Con vistas a perfilar el futuro, esta reflexión propone algunas ideas que a mi entender podrían promocionar la justicia en el mercado global a la vez que superarían los problemas administrativos de los gobiernos africanos. Para ser breve, resumiré mis propuestas en diez puntos.

1. Un verdadero análisis de la crisis de la deuda africana debe situarse en un diapasón amplio de causas tanto internas como externas. Entre las causas internas que latén en el corazón de este problema se encuentra la organización social. La deficiente organización social queda reflejada en la ausencia de sociedad civil, inseguridad, corrupción institucionalizada y conflictos étnicos derivados de una actitud de explotar la conciencia étnica con fines políticos. Las causas internas están aderezadas por la mentalidad de dependencia y el paternalismo originados por los sistemas de comercio y finanzas internacionales y las políticas manipuladoras de los países ricos. Esta situación reclama de quienes estudian esta crisis que hagan un esfuerzo para trascender los sesgos ideológicos tendentes a reducir este problema a la cuestión de la superpoblación.

2. Debemos reconocer que la crisis de la deuda es parte de las injusticias globales de las que todos seremos partícipes mientras esa prive a la población de la satisfacción de sus necesidades básicas. Esta afirmación presupone que la carga debe repartirse, pero no reclama la anulación automática de todas las deudas. Antes bien, nos lanza el reto de actuar con consideración cuando una carga es perjudicial para la vida de una comunidad o Estado. Si la deuda es tal que amenaza las necesidades básicas de los pobres (comida, cobijo, vestido), entonces debe suspenderse el pago. La pregunta que se plantea es: ¿quién debe corregir la situación de endeudamiento, si son varios países e instituciones quienes han contribuido en diversa proporción al préstamo?

3. Los préstamos deberían concederse en condiciones que respeten los derechos mínimos de los ciudadanos. Las condiciones en las que pienso son responsabilidad de los gobiernos, reconocimiento de los derechos en el país y participación de los ciudadanos en la toma de decisio-

nes. Los proyectos de desarrollo son prioritarios. Los países africanos deberían promover el crecimiento económico mediante una mayor involucración de los ciudadanos en proyectos locales de desarrollo. Los auténticos proyectos económicos deben surgir de las capacidades de la gente. El enfoque atento busca convertir la capacidad desperdiciada en actividad productiva de modo que las gentes satisfagan sus propias necesidades. Este enfoque incluye asimismo el cuidado del bien común tanto a nivel nacional como internacional. Esto implica inculcar una mentalidad que tenga en cuenta a los demás, permitiendo a las personas identificar sus propios intereses y ligarlos al bienestar de otros. Así se asegura la atención a las prioridades de la mayoría. También debería darse prioridad a programas de desarrollo que estén dirigidos a las personas antes que a préstamos para adquirir armamento, artículos de lujo y apoyo político.

4. Las políticas de reforma económica deberían examinarse con sumo cuidado. Hay que repensar la actual situación de la economía africana. Se trata de una situación que reclama un amplio análisis y reflexión sobre el pasado de África y la actual relación económica con los países occidentales, para que juntos puedan sentar las bases de una nueva relación basada en la responsabilidad mutua. Este análisis nos abrirá los ojos para enfrentarnos a la tendencia común por la que la relación donante-donatario favorece al donante a través de una reciprocidad asimétrica en las políticas comerciales y una responsabilidad desigual que desemboca más en la dependencia que en el desarrollo.

En el contexto africano no se hacen públicos los objetivos, las personas, las instituciones y las condiciones en las que se conceden las ayudas y los préstamos extranjeros. Lo que sí se publica es la acumulación de deudas y las condiciones de pago. El conocimiento de las condiciones de las ayudas y préstamos es importante porque las ayudas nunca tienen intenciones puramente altruistas. En ocasiones las ayudas y los préstamos extranjeros se conceden como un gesto diplomático para mantener un interés económico a largo plazo. Es cierto que la ayuda extranjera y los préstamos constituyen importantes complementos para los esfuerzos de reconstrucción de los países que los necesitan. No obstante, hay que animar continuamente a estos países para que rebajen su grado de dependencia. Además, se hace un llamamiento para que donantes e instituciones financieras cambien de actitud respecto a las ayudas que actúan como cloroformo. La ayuda extranjera debería dirigirse a reajustar la infraestructura económica. De este modo, la ayuda extranjera puede movilizar pequeños proyectos y al sector privado para crear empresas que generen ingresos y empleo. Es importante reforzar las estructuras económicas básicas porque desempeñan un papel básico y visible en el proceso de implementación de los programas propuestos.

5. No debería fomentarse la mentalidad de excesiva dependencia de la ayuda extranjera. La dependencia total de la ayuda extranjera ha supuesto que el continente africano esté aún más a la cola. El hecho es que la ayuda extranjera ha creado una cultura de dependencia permanente. Los economistas se refieren a esto como el «síndrome de la dependencia». La prestación de ayudas como asistencia económica ha demostrado ser un modelo atrasado incapaz de cambiar la realidad de la pobreza en África. Lo que se requiere es la voluntad política de considerar las necesidades humanas como un problema global a resolver juntos mediante estructuras de asociación que provean asistencia técnica.

6. Con miras a asegurarse el futuro, los países africanos deberían invertir en su propia población a través de la educación. A partir de la independencia «el objetivo principal de la educa-

ción formal ha sido proveer de trabajadores al sector del trabajo asalariado»²⁷. Desde los años 80 este tipo de educación orientada al empleo fijo es cada día más irrelevante, dado que no hay empleos. Por tanto, esta situación reclama un cambio en el sistema educativo. Este cambio requiere la formación de personas que acepten el reto de la apertura de perspectivas que promuevan la integridad, el compromiso, la creatividad y la autoestima. Más aún, quisiera señalar que el desarrollo económico de África también dependerá de la posición de la mujer. Las mujeres africanas son el pilar de la vida socioeconómica. Mejorar su situación a través de la educación repercutirá positivamente en la vida económica de los países africanos. Una educación adecuada les permitirá superar el complejo de inferioridad y la pasividad.

7. Los trabajadores africanos cualificados y los intelectuales están obligados moralmente a contribuir con su pericia en lugar de salir de sus países en busca de ventajas profesionales y económicas. Desde los años 80 hay «fuga de cerebros» en los países africanos. Este fenómeno ha sido provocado por los bajos salarios, la corrupción, la mala gestión, el nepotismo, la falta de respeto a la ley y de honradez por parte de los líderes. Estoy convencido de que un cambio significativo político o económico no será posible mientras perdure el éxodo de los intelectuales.

8. Es necesario reforzar las asociaciones intermedias. A lo largo de cuatro décadas el sistema unipartidista y los regímenes militares suprimieron el papel de los sindicatos, las cooperativas y las asociaciones profesionales. Hoy, las asociaciones supervivientes carecen de la habilidad para afirmar su autonomía o plantar cara a los gobiernos represivos. La mayor parte de los gobiernos siguen considerando a los dirigentes de las asociaciones sus agentes. Esta actitud se mantiene por la práctica de asegurarse que los dirigentes de las asociaciones estén controlados por el gobierno. A través de este sistema, la mayoría de los gobiernos encuentra la forma de recompensar a las asociaciones que les son afines y de acosar a las que intentan afirmar su autonomía.

Las asociaciones intermedias son importantes porque desempeñan el papel de perfilar políticas económicas proponiendo alternativas y movilizand a la gente desde la base. En el contexto africano, fortalecer tales estructuras sería dar un paso hacia el proceso de transformación de las infraestructuras económicas. Aparte de superar el totalitarismo, este proceso mejorará la economía haciendo a la población corresponsable e irá más allá del enfoque imperante en África en la planificación económica, que se centra exclusivamente en la crisis. Las asociaciones pueden promover la idea del bien común, los derechos humanos, la participación y creatividad. Esto se logra asegurándose de que haya un sentimiento de obligaciones y expectativas recíprocas que prevalece entre grupos de diversos intereses. Estos órganos pueden promover el sentimiento de bien común articulando un mecanismo que defina la relación entre Estado y sociedad civil, y que salvaguarde la separación entre ambos. La estructura de las asociaciones intermedias puede superar las burocracias y monopolios del poder sociopolítico concentrado en manos de una «elite depredadora». En lugar de permitir que la esfera política dominada por la elite dicte todo en la esfera socioeconómica, las asociaciones civiles actúan como guardianes de la opinión del pueblo, y fomentan la participación y las ideas nuevas. Esto se consigue ayudando a los pobres a defender sus derechos básicos. En colaboración con abogados cualificados y activistas de derechos humanos, las víctimas de la injusticia económica podrán decidir por sí mismas cómo mejorar su nivel de vida. El proceso para desarrollar esta conciencia será efectivo porque la defensa de los derechos humanos deriva del sentido

²⁷ Ajuji Ahmed and Ronald Cohen, «Education and Rights in Nigeria», en *Human Rights and Governance in Africa*, eds. Ronald Cohen *et al.*, Florida: Florida University Press, 1993, p. 220.

popular de la justicia expresado por medio de estrategias iniciadas y sostenidas por la misma gente.

La llamada a fortalecer las asociaciones intermedias nos recuerda que, en el contexto africano, los pronunciamientos verbales por sí solos son insuficientes y tienen un impacto insignificante. Esto se debe a la carencia de estructuras relevantes capaces de convertir tales pronunciamientos en acción social. Los pronunciamientos verbales deben estar orientados a la acción. Debe quedar claro que no habrá manera eficaz de hablar de justicia socioeconómica y derechos humanos en África si las asociaciones intermedias no se fortalecen. En otras palabras, el éxito socioeconómico y político no se dará en el vacío. El multipartidismo por sí solo no garantiza ni la democracia ni la prosperidad económica y no debe distraer a la gente de seguir buscando fórmulas concretas para reformar la economía.

9. La Iglesia católica puede desempeñar un papel significativo con vistas al cambio de la situación actual. Esto es posible si coopera más eficazmente con otras Iglesias para influir en el proceso de decisión política, formar la opinión pública y promover los derechos humanos y la justicia social. «Por lo tanto, para la Iglesia en África y para la Iglesia universal, ya no es posible contemplar a los pobres y la situación de pobreza como algo que puede o no ser el eje central de su misión»²⁸.

10. Se han tomado prestadas y se han impuesto a la gente muchas teorías del desarrollo extranjeras, pero el nivel de vida de la población no ha cambiado. Este resultado pone de manifiesto que es preciso analizar concienzudamente nuestras culturas para perfilar un marco de desarrollo basado en valores culturales y contexto africanos. Este enfoque conlleva la evaluación crítica de cada individuo y grupo para identificar los puntos fuertes sobre los que podríamos construir. Este tipo de ajuste necesita de las asociaciones. Las asociaciones ofrecen a los individuos una plataforma en la que dialogar de manera creativa e identificar los problemas que les afectan. Reconocen la cultura de la gente, su interés y su potencial. Reconocer el potencial de las personas fomenta la autoestima y el valor para buscar soluciones prácticas para los propios problemas. Es un proceso que lleva a cada persona en una comunidad local a actuar de manera responsable a sabiendas de que sus acciones afectarán a sus propias vidas. El desarrollo humano empieza en una persona y se expande a la familia y a la comunidad.

Lo importante de esta reflexión es la respuesta a la crisis de la deuda africana desde una orientación específica. La crisis de la deuda africana encuentra su solución en la gente de África, que es el futuro del continente.

Aquiline Tarimo, S.J.
Salvatorian Institute of Philosophy and Theology
P.O. Box 1878
Morogoro, TANZANIA

sdsromo@intafrica.com

²⁸ Ukpong, «Option for the Poor...», *cit.*, 364.

Como rememora la historia del apostolado social publicada en *Promotio Iustitiae* en 2000, «una misión de reconciliación nacida de la Segunda Guerra Mundial, dio origen a la misión obrera, con sus dinámicos compromisos dentro del importante movimiento laboral». El presente artículo, escrito con ocasión del séptimo Encuentro europeo (Estrasburgo, agosto 2001), narra los orígenes de la Misión Obrera y Popular jesuita y repasa algunos datos significativos, para concluir con su situación actual.

Historia de la Misión Obrera Jesuita

Noël Barré, S.J.

La Misión Obrera tiene una prehistoria

A lo largo del siglo XIX se desarrolló la industria, y con ella la clase obrera. Aunque se dio un cierto diálogo entre la Iglesia y los obreros, e incluso algunos cristianos llegaron a preocuparse seriamente por la cuestión social, es sabido que se abrió una brecha entre el movimiento obrero y la Iglesia. Jean-Claude Dhôtel, en su libro *Les jésuites de France*, cita a un jesuita de finales del XIX: «Ya no podemos conformarnos con confesar a los devotos, dirigir congregaciones piadosas o preparar discursos académicos; tenemos que lanzarnos entre las masas... Hemos perdido la costumbre de ir a las masas, porque no se nos permitía hacerlo»¹.

Varios jesuitas participan en la creación, apoyo y desarrollo de las obras populares que proliferan: los Círculos católicos obreros, los Jardines obreros, la obra de los Barqueros (Douai) o la Casa del Marinero (Burdeos). En 1903, siguiendo fielmente la encíclica *Rerum novarum* de León XIII sobre la condición de los obreros, los Padres Leroy y Desbuquois fundan *Action Populaire*, movimiento que servirá de soporte para las iniciativas apostólicas dirigidas a la clase obrera.

En los años 20 y 30 surgen nuevas formas de evangelización en el mundo obrero. Bajo el impulso del Padre Cardjin nace la JOC (Juventud Obrera Cristiana) en Bélgica. Varios jesuitas se hacen cargo desde el principio de la capellanía, tanto en Bélgica como en Francia, donde el P. Guichard es el primer capellán de la JOC femenina. El P. Desbuquois apoya al P. Henri Godin, coautor junto con Yvan Daniel del libro *La France, pays de mission?* (1943). En 1934 le escribía: «Permanezca fiel, persevere en su idea de apostolado obrero. De sobra sé que quienes a él se dedican son combatidos. Soy consciente de ello. Pero es necesario que se queden algunos sacerdotes contra viento y marea, como pide el Papa».

En los años 40, con el trasfondo de la guerra, la toma de conciencia de la descristianización de las masas y de la brecha que se ha abierto entre el mundo obrero y la Iglesia se profundiza a través de los contactos a los que los sacerdotes se ven obligados o que eligen voluntariamente: campos de prisioneros, campos de deportación, redes de resistencia o capellanías clandestinas de jóvenes reclutados para el servicio del trabajo obligatorio (STO) en Alemania. Es el momento de las iniciativas misioneras: Misión de Francia, Misión de París, Curas-Obreros. Otras

¹ Jean-Claude Dhôtel, S.J., *Les jésuites de France: Chemins actuels d'une tradition sans rivage*, París: Desclée de Brouwer, 1987, p. 63.

saldrán de este movimiento: Acción Católica Obrera, Misión Obrera. Estos ejemplos franceses no deben hacernos olvidar lo que se llevó a cabo en Bélgica y otros países de Europa en la misma época o en los años siguientes, según las circunstancias particulares de cada cual.

Nacimiento de la Misión Obrera jesuita (MOSJ)

En 1944 diez jóvenes jesuitas en su Tercer Año, en Francia, escriben a sus respectivos Provinciales para pedir la fundación de «equipos de misioneros obreros». Su meta: **«presentar a Cristo a las masas y para ello vivir entre ellas»**. Su llamamiento es atendido, y los Provinciales envían jesuitas en misión a lo largo y ancho del mundo obrero: parroquias populares, movimientos de acción católica de jóvenes o de adultos, otras formas de presencia entre los más desfavorecidos de la época, estancias de trabajo en fábricas o como curas-obreros.

Cuarenta años más tarde el Padre Kolvenbach recordó la intuición inicial de lo que acabó por convertirse en la Misión Obrera jesuita:

Quisiera pedirlos ... que seáis fieles a la intuición inicial, que es de vivir en el corazón del mundo obrero y con los más pobres, expuestos a la cohabitación, el compartir, la solidaridad con ellos. Aun reconociendo, y no minimizando, las grandes evoluciones económicas y sociales en el mundo obrero y popular en Europa, no obstante, en medio de estos cambios, la Misión Obrera conserva su manera de proceder: **estar con, vivir con, compartir, las condiciones de vida, precariedad, explotación e inseguridad**, que siguen siendo idénticas².

La presencia de jesuitas en el mundo obrero, por fidelidad a esta intuición reconocida por la Compañía, ha tomado diversas formas: trabajo pastoral (parroquias, capellanías...); trabajo social y/o educativo; trabajo profesional (sobre todo manual) con militancia laica (sindical o de otro tipo). Hubo curas-obreros en Alemania, Bélgica, España, Francia, Italia e incluso algunos en América Latina (Venezuela, Perú), todos muy ligados a los restantes curas-obreros de su país. Sólo los de Bélgica y Francia hubieron de pasar el trance de 1953.

En 1953, los curas-obreros jesuitas (una decena) son los primeros afectados por las medidas que prohíben a los sacerdotes compartir la suerte de los obreros en las fábricas. Las razones de esta prohibición son complejas y traen causa en los retrasos de la reflexión teológica y pastoral que no se colmarán hasta el Vaticano II. Las consecuencias serán pesadas y dolorosas para los cristianos del mundo obrero, pero suscitarán una mejor coordinación de todos los socios de la Misión. La Misión Obrera es fruto de la voluntad de la Iglesia de Francia de no ensañarse con esta herida. En lo sucesivo, quienes corran un riesgo para la Misión no estarán aislados, sino que estarán apoyados por los demás actores: laicos, religiosos, sacerdotes, obispos. Los documentos franceses de esos años de crisis hacen pensar que los curas-obreros jesuitas han recibido el apoyo de sus hermanos y superiores, pero el sufrimiento fue mucho: Jo de Lorgeril murió, y el resto se recicló en tareas pastorales (p. ej. Jean Lefeuvre en Chad) a la espera de retomar la experiencia.

² Peter-Hans Kolvenbach, S.J., «Alocución al segundo Encuentro europeo de la MOSJ», Lanzo (Italia), 7 de agosto de 1986, *Documentación* 5 (diciembre de 1986), 1.

Los años 60 y 70

Durante los años 60 los Provinciales jesuitas trabajan con los demás Superiores Mayores franceses para lograr que los curas-obreros retomen su ministerio. En 1962 el Padre Jacques Sommet, promotor de la Misión Obrera en la Compañía, indica las razones de la Compañía para interesar la Misión Obrera en una carta al episcopado francés. Este texto sigue teniendo vigencia hoy, y no sólo por el país en el que fue escrito. He aquí algunos fragmentos:

Está en la naturaleza propia de la Compañía [...] enviar a sus miembros por el mundo en las situaciones más difíciles, allá donde las necesidades espirituales son más urgentes y donde los medios ordinarios son deficientes o inexistentes. [...] La evangelización del mundo obrero francés en proximidad inmediata con el trabajo representa hoy un campo de misión difícil y urgente al que la Compañía aportará su participación. [...]

Por su formación y por su espiritualidad, a la Compañía le preocupa alcanzar al hombre en la realidad de su existencia cotidiana, a través de los condicionantes que marcan su destino histórico. En la civilización actual, civilización de masa y civilización del trabajo industrial, la Compañía se ve necesariamente compelida por esta proximidad con la condición del hombre en las fábricas y en las canteras, para proponerle, desde la misma situación vivida juntos, las perspectivas y las condiciones de su promoción total y de su salvación.

La tradición de la Compañía y el Padre General Janssens insisten en la necesidad de estar presentes apostólicamente, y con igual diligencia, tanto entre los más pobres como entre los más responsables. El apostolado de la Compañía entre los responsables e intelectuales debe encontrar necesariamente un equilibrio y un aval en la presencia en el mundo obrero, para así poder participar desde dentro en la unificación misma de la presencia de la Iglesia en todos los medios y en todas las condiciones de vida.

En Francia, la Compañía ha aportado su participación a las preocupaciones apostólicas de la Jerarquía referentes al mundo obrero a lo largo de varias investigaciones: en el origen de la JOCF y de la JOC, en la fundación de la LOC³, en el envío de sacerdotes para trabajar en Alemania, en las experiencias de los curas-obreros hasta 1954, en las casas de trabajadores jóvenes, etc., y de otras maneras (por ejemplo, las primeras actividades de *Action Populaire*). La Compañía espera continuar esta labor bajo la nueva forma que representan los sacerdotes en el trabajo.

Bajo el impulso de J. Sommet, la Misión Obrera de la Compañía de Jesús (MOSJ francesa) toma consistencia y se dota de medios para asegurar confrontación, sostenimiento y discernimiento. En 1965 el Vaticano II reconoce el ministerio de cura-obrero.

Los obispos de Francia envían cincuenta sacerdotes a las fábricas, fijando unas condiciones de vida eclesial susceptibles de apoyarlos y mantener la

Para cooperar en esta obra son enviados todos los presbíteros, ya ejerzan el ministerio parroquial o interparroquial, ya se dediquen a la investigación o a la enseñanza, ya realicen trabajos manuales, participando, con la conveniente aprobación del ordinario, de la condición de los mismos obreros donde esto parezca útil; ya desarrollen, finalmente, otras obras apostólicas u ordenadas al apostolado (Concilio Vaticano II, «Unión y cooperación fraterna entre los presbíteros», *Presbyterorum ordinis*, n. 8).

³ JOC = Juventud Obrera Cristiana; JOCF = JOC Femenina; LOC = Liga Obrera Cristiana (adultos).

comunidad con la iglesia local. Entre los cincuenta nuevos curas-obreros hay cinco jesuitas, tres en la región parisina y dos en Le Mans.

También en Bélgica hubo jesuitas entre los curas-obreros, pero sólo después del Concilio Vaticano II. No padecieron las dificultades que los curas-obreros diocesanos belgas soportaron al igual que los franceses en 1954. Comenzaron bajo la responsabilidad y auspicios del Provincial, a menudo en contra de la opinión pública de los miembros de su Provincia. El accidente mortal de Egied Van Broekhoven tras dos años de trabajo parecía «dar la razón» a los detractores de este ministerio. La opinión pública de la Compañía cambió gracias al Padre Arrupe, en el Decreto 4.

En una España marcada por las heridas profundas de la Guerra Civil y de una dictadura de cerca de cuarenta años de «nacional catolicismo», un buen número de sacerdotes, religiosos y religiosas quiso vivir la proximidad de las gentes del mundo obrero para hacer creíble en el mundo laboral la posibilidad de ser obrero y creyente en Jesucristo, encarnando así un rostro alternativo al presentado por la Iglesia institucional. Apostaron por el asalariado en la base, la

Nuestros orígenes frecuentemente, después nuestros estudios y nuestras afinidades nos protegen de la pobreza e incluso de la vida simple y de sus preocupaciones cotidianas. Tenemos acceso a ciertos saberes y poderes que la mayor parte no tiene. Será, pues, preciso que un mayor número de los nuestros participe más cercanamente en la suerte de las familias de ingresos modestos: de aquéllos que, en todos los países, constituyen la mayoría frecuentemente pobre y oprimida. Se hace preciso, gracias a la solidaridad que nos vincula a todos y al intercambio fraternal, que todos seamos sensibles, por medio de aquellos de los nuestros implicados más de cerca, a las dificultades y a las aspiraciones de los más desposeídos. Aprenderemos así a hacer nuestras sus preocupaciones, sus temores y sus esperanzas. Sólo a este precio nuestra solidaridad podrá poco a poco hacerse real.

Caminando paciente y humildemente con los pobres aprenderemos en qué podemos ayudarles, después de haber aceptado primero recibir de ellos. Sin este paciente hacer camino con ellos, la acción por los pobres y los oprimidos estaría en contradicción con nuestras intenciones y les impediría hacerse escuchar en sus aspiraciones y darse ellos a sí mismos los instrumentos para tomar efectivamente a su cargo su destino personal y colectivo. Mediante un servicio humilde tendremos la oportunidad de llevarles a descubrir, en el corazón de sus dificultades y de sus luchas, a Jesucristo viviente y operante por la potencia de su Espíritu. Podremos así hablarles de Dios Nuestro Padre, que se reconcilia la Humanidad, estableciéndola en la comunión de una fraternidad verdadera (CG 32, D.4, nn. 49-50).

vida sindical y el compañerismo con el mundo militante. Las condiciones necesariamente clandestinas para esta forma de presencia dadas las circunstancias engendraron rigideces y abandonos dolorosos. Hubo que pagar un elevado precio para ser considerado «uno de ellos».

Fue a lo largo de los **años 70** cuando el mayor número de jesuitas se preparó y comprometió con la Misión Obrera en Bélgica, España, Francia e Italia⁴. Se fundó una comunidad obrera en Alemania, en Berlín del Oeste (Kreuzberg). Durante esta década el Padre Arrupe encargó a Jean Lacan, uno de los fundadores de la MOSJ francesa, que suscitara un diálogo entre los jesuitas en el mundo obrero, especialmente entre los que trabajaban en las fábricas. De este modo comenzaron a establecerse contactos entre las comunidades obreras de los distintos países.

⁴ Véanse, por ejemplo, los distintos boletines: en América Latina, *Enlace: Boletín informativo de Jesuitas en el mundo obrero latinoamericano*; en Italia, *Fogli dei gesuiti in missione operaia/popolare*; y en España, *Boletín MO*.

En 1975 el Decreto 4 de la CG 32 vino a autentificar las iniciativas misioneras tomadas por las Provincias que comprometieron compañeros en la Misión Obrera. Los compañeros de la MOSJ reconocen sus orientaciones fundamentales, especialmente en los nn. 49-50 (véase apartado en la página 52).

Allí encuentran el reconocimiento de su misión particular, así como las exigencias que tal misión les impone: no pueden olvidar la meta de su presencia y acción, que lo que deben compartir es el encuentro con Jesucristo por medio de los hombres con quienes comparten la vida. Tampoco deben olvidar que no pueden aislarse en la especificidad de su caminar con un grupo concreto de hombres, sino que deben trabajar en estrecha colaboración con todo el cuerpo de la Compañía.

Los años 80 y 90

En 1980, Jean Lacan y quince jesuitas obreros de Europa son recibidos por el Padre Arrupe, que enseguida envía a todos los Superiores Mayores una carta sobre la Misión Obrera.

Misión Obrera, como cualquiera otra misión dada por la Compañía, y en la medida en que es dada por ella, es una forma de apostolado que la Compañía reconoce como suya, la alienta, la dirige, y se responsabiliza de ella. Jesuita obrero – sacerdote o no – es el miembro de la Compañía que de ella recibe la misión específica de insertarse en el mundo del trabajo manual para realizar desde ahí una actividad apostólica. Esta misión, como es obvio, tiene los mismos avales y condicionamientos que cualquiera otra misión de la Compañía en cuanto a su origen, duración, dependencia, disponibilidad, coordinación, etc.

Es un apostolado de frontera, puesto que tiende a llevar el testimonio del trabajo manual a zonas que no han sido penetradas por otro tipo de evangelización, y en las que, incluso, las circunstancias pueden impedir o desaconsejar la explicitación de vuestra misión evangelizadora. La importancia de vuestro trabajo, desde este punto de vista, es doble: por una parte sois como la cabeza de puente en un continente que hay que descubrir; y, por otra, vuestra experiencia es un elemento de muy significativo valor que debe integrarse en el conjunto de experiencias con que se realimenta la reflexión y el discernimiento de la Compañía a sus diferentes niveles.

Es un apostolado privilegiado por las normas ignacianas para la selección de ministerios (Padre Arrupe, S.J., Encuentro con los Representantes de Misión Obrera, *Acta Romana* 18 (1980), nn. 4, 7, 9).

El Padre Arrupe había comprendido que este ministerio presentaba un reto crucial, pero lo puso de manifiesto de manera quizá demasiado exclusiva. Si de toda la Misión Obrera sólo se considera a los curas-obreros, se está siendo injusto con los demás actores, y es difícil encarar nuevas situaciones fruto del paro, la marginación o la exclusión que comienzan a reclamar iniciativas.

Precisamente el primer encuentro plantea esta pregunta: ¿es necesario mantener nuestro compromiso con el mundo obrero clásico o debemos embarcarnos también en el mundo de la marginación y de la exclusión? A partir de esta fecha los compañeros de la Misión Obrera se dotan de un equipo de coordinación

formado en aquel entonces por cuatro delegados: un español, un francés, un italiano y un belga (en representación de los nórdicos). Los sucesivos encuentros de la MOSJ-Europa posibilitan el reconocernos a la vez semejantes y diferentes, y la puesta en común de nuestras preguntas y problemas, para acogerlos valientemente.

Nuestro Dios es «una esclava»

† Herman Pillaert, S.J.*

Redención y liberación son dos temas que, más que en el pasado, son objeto de discusión y de escritos: diversas opiniones, en pro o en contra, también condenas. Querría tratar de describir como vivo esto.

Los versículos bien conocidos «Bienaventurados vosotros, los pobres» y «¡Ay de vosotros, los ricos!» (Lucas 6 y Mateo 5) han tenido a través de los siglos múltiples interpretaciones. Que van desde «Bienaventurados los pobres, porque estarán bien en el cielo» a la interpretación más espiritual: «Bienaventurados los pobres de espíritu, los de corazón puro». Pero ¿por qué no podemos comprender estos textos literalmente? Cuando Jesús decía: «Felices los pobres», quería simplemente decir que los pobres son bienaventurados. Jesús dijo simplemente lo que él veía. Él veía que los pobres eran bienaventurados. Jesús no quiso proponer un programa, ni tampoco describir una utopía o un sueño imaginario; él expresó lo que veía: «Bienaventurados vosotros, los pobres, ¡Ay de vosotros, los ricos!».

Viviendo cotidianamente entre los pobres – no como benefactor o asistente social sino siendo uno de ellos – nos encontramos delante la evidencia de estas palabras. ¡La vida, la verdad, el camino se encuentran en el sufrimiento de los más pobres y de los oprimidos! No hay que asombrarse: Dios es así.

Visitando las familias turcas a veces hago pequeños trabajos que ensucian. Después del trabajo la esposa o la nuera llega con un cántaro de agua y una cubeta, se agacha frente a mí y echa el agua en mis manos para lavarlas. Interiormente siempre me rebelo, pero la dejo hacer a pesar de todo. Después de haber vivido muchas veces esta situación, comencé a entender mejor lo que pasó hace 2000 años en la última cena. «Jesús se levantó mientras cenaba, se quitó el manto, se ató una toalla a la cintura y echó agua en un recipiente. Luego se puso a lavar los pies a sus discípulos» (Juan 13: 4-5). Jesús hace lo que en esta cultura debe hacer una esclava. El rechazo y la oposición de Pedro son comprensibles: «¡Imposible!».

* Herman nació en Amberes el 30 de abril de 1938 y entró en la Compañía el 7 de septiembre de 1955. Fue ordenado sacerdote el 5 de julio de 1969. Después de ser sacerdote obrero en Gante, fue enviado en Turquía el 16 de febrero de 2000 y murió en Ankara el 21 de junio de 2000.

Encuentros europeos de jesuitas en Misión Obrera

1983	Sant Cugat, España, «Tres temas a las puertas de la CG 33: Opción Fe-Justicia; Identidad de nuestras Misiones Obreras; Reformulación de la fe»
1986	Lanzo, Italia, «Profundizar en nuestro conocimiento mutuo en dos direcciones: realidades del trabajo y realidades socio-políticas de nuestra espiritualidad y teología»
1989	Aix-en-Provence, Francia, «¿De qué esperanza somos portadores en las situaciones de injusticia y de exclusión que vivimos y a través de nuestras diversas solidaridades?»
1992	Heverlee, Bélgica, «Una visión, un proyecto para mañana»
1995	Loyola, España, «El vínculo fe-justicia»
1998	Nápoles, Italia, «La solidaridad traspasa las fronteras de las religiones y de las culturas»
2001	Estrasburgo, Francia, «Vivir en los barrios: dimensiones social y eclesíastica actuales»

A lo largo de los años 80 y 90 se imponen diferentes evoluciones:

- Los cambios tecnológicos y la crisis económica producen paro, precariedad, pobreza y exclusión. La solidaridad entre trabajadores, parados y otros excluidos se pone a prueba. Varios jesuitas, especialmente los curas-obreros jubilados, se implican fuertemente en el Movimiento de los Parados. También se tienden puentes con el Tercer Mundo a través de diversas acciones de solidaridad, llegando a la decisión temporal o definitiva de establecerse en aquellos países como trabajadores⁵.
- La creciente indiferencia religiosa en las sociedades occidentales influye en la Misión y debilita la posición institucional de la Iglesia. Sigue habiendo jesuitas acompañando movimientos de acción católica en las parroquias⁶.
- También se constata, tras unos veinte años, un esfuerzo importante de puesta en práctica de la espiritualidad ignaciana en el mundo obrero, en gran medida influido por la teología de la Liberación. Citemos a modo de ejemplo el retiro ignaciano de la Misión Obrera cada verano en España, los talleres de iniciación a la oración y al discernimiento propuestos en Francia por el grupo VOVRI⁷, iniciado por los jesuitas pero hoy formado mayoritariamente por religiosas. El último encuentro de Jesuitas en el Mundo Popular en Francia trataba la cuestión del «acceso a Dios desde el mundo popular»⁸. En Berlín-Kreuzberg Christian Herwartz inició, junto a otros, un retiro en la calle.
- En un clima de consumismo y de individualismo, la militancia se debilita.
- El derrumbamiento del Este conmociona al Oeste, donde la solidaridad social y la democracia se tornan frágiles.
- La construcción de Europa parece realizarse exclusivamente desde y para intereses económicos, en detrimento de la solidaridad con los más desfavorecidos de nuestros países ricos, y en detrimento de la solidaridad con el Tercer Mundo. Nuestros lazos más estrechos con los países latinoamericanos y africanos nos mantienen en estado de alerta.

⁵ Jean Désigaux, S.J., «Humanización y Evangelización», *Promotio Iustitiae* 49 (marzo de 1992), 9-14.

⁶ «Chercheurs de Dieu», *Lettre des Jésuites en Monde Populaire* 175 y 176 (julio y octubre de 2000).

⁷ Vida Obrera y Vida Religiosa Ignaciana.

⁸ «Accès à Dieu en monde populaire», *Lettre des Jésuites en Monde Populaire* 177 (marzo de 2001).

Sin embargo, el lavatorio de los pies no es una acción simbólica y única antes de morir. Leyendo los Evangelios constatamos que Jesús vivió así todos los días de su vida: vivía entre los pequeños y los pobres: siendo uno de ellos, siendo un pobre, siendo hijo del carpintero, siendo «una esclava».

Comía con los pecadores y los publicanos y tomó partido por la mujer adúltera, a pesar de las autoridades religiosas y civiles. Pablo lo entendió muy bien: «Sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo ... se humilló y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2: 7-8).

Sabiendo lo que Jesús respondió a Felipe: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Juan 14:8), podemos afirmar que nuestro Dios no es un gran Dios sino un pequeño Dios. Nuestro Dios no es el creador del cielo y de la tierra, nuestro Dios no es el Dios de los diez mandamientos, nuestro Dios es «una esclava»; y siendo esclava es el camino, la verdad y la vida.

Si vemos a Dios así, nadie puede asombrarse de que los pobres sean bienaventurados, de que la vida, la verdad, el camino se encuentren en el sufrimiento de los más pobres y de los oprimidos.

La realidad es indivisible. Así Dios, así son los pobres. Así los pobres, así es Dios.

Karel Staes lo decía así: «La infalibilidad, la verdad se encuentran en el sufrimiento de los más pobres: ellos saben lo que pasa en el mundo, su intuición revela la visión de Dios sobre los hombres. La autoridad real se encuentra en las manos del pueblo oprimido. Aquel que quiere permanecer en la verdad debe vivir en comunión con los pobres o escuchar el relato de su vida. Aquel cuya vida reprime la voz de los más pobres no puede vivir en la verdad».

En el mismo orden de ideas podemos reflexionar sobre la palabra «servicio». En efecto nuestra época es sensible a las relaciones sociales y a la justicia; en todas partes se lee y se oye que los hombres dotados de talentos o los ricos deben poner su capacidad o su capital «al servicio» de los pobres y los oprimidos. Esta manera de pensar es equivocada. Esta opinión sobre el servicio se basa, en efecto, en la idea de que la vida y la verdad se encuentran en las personas competentes y ricas, que las personas competentes y ricas valen más.

- La presencia de millones de trabajadores inmigrantes en Europa ha modificado las realidades de la vida popular, tanto en el trabajo como en los barrios. Hay jesuitas fuertemente comprometidos con estas poblaciones. Citaremos sólo un ejemplo, el de Hermann Pillaert de Gante (Bélgica), que tras su jubilación de la vida obrera fue enviado a Ankara a fundar una comunidad jesuita. Un fuerte compañerismo con la población turca de su ciudad lo había preparado para ello (véanse páginas 54, 56 y 58).
- Los jóvenes jesuitas, poco numerosos en Europa, están hoy menos motivados por el mundo del trabajo. Entran más fácilmente en el trabajo social que en compartir la condición del mundo del trabajo desde la base. La cultura militante que la Misión Obrera ha recibido sobre todo de las organizaciones laicas y sindicales está asimismo menos extendida entre los jóvenes jesuitas. Sin embargo, se da una excepción con las ONG⁹. Muchos de quienes entran en la Compañía tienen experiencia de militancia internacional en una ONG. En ese terreno se da una cultura común entre la Misión Obrera y las nuevas generaciones. Otro valor de la Misión Obrera que ha sido retomado por los jóvenes y por los Provinciales de las diversas Provincias de Europa es la manera de vivir en las barriadas y de conciliar lo social y lo económico con la vida religiosa. Tales comunidades, llamadas a menudo de inserción, atraen hoy a los jóvenes. La Misión Obrera ha contribuido al nacimiento y desarrollo de estas comunidades.
- Finalmente, la eclesiología actual ha variado en el papel que atribuye a la sociedad civil. El compartir el trabajo y el modo de vida con el mundo obrero y popular, y la participación en la liberación de las condiciones de explotación y de injusticia ha transformado las relaciones entre la iglesia institución y la sociedad civil. En el campo de la Misión Obrera la Iglesia ha practicado el diálogo con la sociedad civil, no sólo diálogo apelando a la conciencia personal de cada cual, sino como respeto y diálogo entre actores constituidos.

Todas estas realidades estuvieron presentes en Heverlee en 1992 y en Loyola en 1995. La intuición originaria de **vivir con** parece mantener intacto su valor, como volvió a ponerse de manifiesto en el sexto encuentro en Nápoles en agosto de 1998¹⁰. Se constata por todas partes que el número de jesuitas en Misión Obrera ha disminuido fuertemente, y se habla con insistencia de «Misión Obrera y Popular»¹¹. La cotización anual es una seña de identidad de la Misión Obrera: el voluntariado que nos obliga a estar juntos en este reagrupamiento de jesuitas, así como la proximidad de la cultura militante o la adhesión al colectivo, son un signo a la vez que un método.

Sin embargo, varios testimonios y debates a raíz de este encuentro de Nápoles han mostrado la persistencia de las convicciones fuertes. La **intuición inicial** de «presentar a Cristo a las masas y para ello vivir entre ellas» **permanece en todo su valor**, si bien en un contexto nuevo. Si hubiera que caracterizar la Misión Obrera hoy podría decirse: **«estar con y vivir con» el mundo obrero y popular y también con la marginación, y participar en obras comunes donde la Iglesia no está en posición de liderazgo**. Sigue siendo la mejor manera de caracterizar la Misión Obrera de hoy, incluso si las formas de **vivir con** evolucionan.

⁹ Pierre Martinot-Lagarde, S.J., «La promoción de la justicia: un desafío para toda la Compañía», *Promotio Iustitiae* 53 (noviembre de 1993), 13-27.

¹⁰ Había 73 participantes: 29 de Francia (de los cuales 6 religiosas), 11 de España, 11 de Italia, 7 de Bélgica, 3 de Portugal, 3 de Argelia, 2 de Irlanda, 2 de Holanda, 1 de Chad, de Irlanda del Norte, de Inglaterra, de Alemania y de Polonia.

¹¹ Para calcular el número de jesuitas en Misión Obrera en Francia se cuentan a los que pagan la cotización: 26 en 2000.

La palabra «servicio» sólo puede tener un único significado: lavar los pies, un servicio de esclava. Se trata de algo fundamental: hacerse vulnerable con los pobres «Vende todo lo que tienes. Al oír estas palabras se entristeció» (Lucas 18: 22-23; Marcos 10: 21-22; Mateo 19: 21-22). El joven rico habría querido sin duda ayudar a los pobres, pero aquí se le pide otra cosa.

Sueño que un día (¿el último día?), los ricos, los poderosos, la Iglesia reconozcan esta verdad. Los pobres no se han alejado de la Iglesia y de la sociedad: al contrario, la Iglesia y la sociedad se han alejado de los pobres y por consiguiente de Dios. Los ricos, los poderosos, la Sociedad, la Iglesia: he aquí los verdaderos marginados, he aquí el «Cuarto Mundo». Los pobres y los oprimidos no tiene sólo el poder sino también el deber de hacer comprender esto a los ricos y a los poderosos; y si es necesario, en fin de cuentas, con el látigo en la mano.

Así nacerán una sociedad y una Iglesia liberada; una sociedad y una Iglesia liberadas que reconozcan por fin que la verdad, y por consiguiente la autoridad, se encuentran en el sufrimiento de los más pobres.

No es fácil elegir este camino, elegir una vida vulnerable: hay que atenerse a las consecuencias.

El anterior Padre General Pedro Arrupe decía en 1974: «Si de verdad tenemos la intención de comprometernos en la promoción de la justicia con todas sus consecuencias, la cruz se presentará inmediatamente, incluyendo un gran sufrimiento. Comprobaremos que mucha gente – a menudo considerados buenos cristianos y que son nuestros bienhechores o amigos, o incluso parientes – se nos ponen en contra. Veremos cómo nos abandonan y retiran su apoyo y su ayuda financiera. ¿Estamos dispuestos a tomar este camino, un camino que incluirá la incomprensión de las autoridades eclesásticas y civiles e incluso de nuestros mejores amigos?».

¿Es esta finalmente la razón por la que Jesús fue clavado en la cruz?

El esfuerzo de reflexión, análisis y mejor articulación de las iniciativas que provienen del Apostolado Social interesa a los jesuitas en Misión Obrera y Popular. Algunos incluso están ya fuertemente comprometidos en España, Francia y Bélgica. La disminución de efectivos puede obligar a revisar los modos de funcionamiento. Sería una pena que tal revisión supusiera el abandono de una forma de apostolado que fue y sigue siendo significativa en Europa y, con las adaptaciones que los tiempos imponen, en muchos países donde los trabajadores manuales y el personal de ejecución de obra componen todavía la mayoría de la población activa.

M. Noël Barré
Misión Obrera
65 rue Paul Ligneul, Appt. 51, 7^e étage
72000 Le Mans
FRANCIA

posjmans@club-internet.fr

Hugo Carmeliet, S.J.
Coordinador MOSJ-Europa
10, Elektriciteitsstraat
1070 Anderlecht
BÉLGICA

+32 2 522 6145 (t & f)
h.carmeliet@belgacom.net

+ + + + +

RAÍCES de una CULTURA VOCACIONAL PROPIAMENTE JESUÍTICA

Gabino Uríbarri, S.J.

Preliminar

1. No cabe duda de que en la Compañía se da una viva preocupación por las vocaciones, particularmente en Europa. El Padre General se ha referido a esta cuestión en repetidas ocasiones, con preocupación y esperanza¹. La última Congregación General (CG) dedicó un decreto, el diez, a la promoción de vocaciones. El tema no ha estado ausente de la última reunión de Provinciales en Loyola (septiembre de 2000), particularmente entre las Asistencias europeas.
2. El último congreso continental sobre las vocaciones (Roma, 5-10 de mayo de 1997), propone a toda la Iglesia europea la elaboración de una cultura vocacional, capaz de convertirse en el caldo de cultivo apropiado para las nuevas vocaciones².
3. A la hora de rastrear elementos propios de una cultura vocacional jesuítica, en estas páginas voy a acudir a nuestra historia, a nuestra propia tradición. Así pues, lo que intento es presentar algunas raíces de nuestro modo de proceder, típicamente ignacianas y jesuíticas, que nos puedan ayudar hoy a articular, recuperar o reforzar una cultura vocacional genuinamente jesuítica. No pretendo recorrer todos los pormenores de un tema tan complejo. Simplemente me limito a resaltar algunos aspectos, que considero especialmente relevantes, que hoy necesitaríamos cuidar con mayor esmero.

I. «Fervor es la Compañía» (Nadal)

No puedo disimular que la frase de Nadal, citada por el Padre General en su discurso a la 68ª Congregación de Procuradores, al hilo del tema de la refundación de la Compañía, me resulta fascinante. Si la gente que nos ve desde fuera dijera boquiabierto: «fervor es la Compañía», dudo mucho que tuviéramos problema de vocaciones en muchas partes de la Compañía. En ese caso, tampoco andaríamos a vueltas con el tema de la visibilidad, en el que tanto nos insiste el Padre General, que trataron todas las Congregaciones Provinciales y en el que insiste la exhortación postsinodal de Juan Pablo II, *Vita consecrata*.

El caso es que Nadal tiene razón: «fervor es la Compañía». Una serie de siete rasgos propios de nuestro modo de proceder lo ponen de relieve.

¹ Pueden verse sus Cartas: «Sobre la promoción de vocaciones» (15 de abril de 1985) dirigida a todos los Superiores Mayores europeos; «Cartas de oficio de 1993» (8 de noviembre de 1993); «Sobre la promoción de vocaciones» (29 de septiembre de 1997).

² Véase el documento final: *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, Madrid: Edice, ³1998, especialmente el § 13. He reflexionado sobre el particular, desde una perspectiva general, en: *Reavivar el don de Dios*, Santander: Sal Terrae, 1997; «Elementos para la construcción de una cultura vocacional», *Todos uno* 143 (julio-septiembre de 2000), 65-84; «Hacia una cultura vocacional», *Sal Terrae*, 88:9 (octubre de 2000), 683-93.

1. Predicación entusiasta de Jesucristo

El Padre General echa en falta en la Compañía un mayor ardor en nuestro celo misionero, quizá expresión de un cierto déficit en el vigor espiritual. Por citar un texto representativo, en la homilía de clausura dijo que la CG 34 «culmina, en fin, junto al altar de san Francisco Javier, como reconocimiento de que la Compañía actual necesita aún mayor garra misionera para anunciar con más ardor, pasión y vigor el Evangelio del Señor, todo el Evangelio, como servidores de la misión de Cristo» (25 de marzo de 1995).

El ardor misionero ha sido una de las señas de identidad de nuestra Compañía, distinguida por la «defensa y propagación de la fe» y por la creatividad constante en los diversos ministerios de la Palabra³. La última CG lo subraya de nuevo: «lo nuestro es una santa audacia, «una cierta agresividad apostólica» típica de nuestro modo de proceder» (D.26, n.27). Cuando leí el libro de John O'Malley sobre los primeros jesuitas me resultó muy llamativa una costumbre de los primeros jesuitas: «ir de pesca»⁴. Por tal entendían la costumbre de salir un grupo de dos un sábado por la tarde, a un lugar concurrido, como una plaza o un mercado, y ponerse allí mismo a predicar. Los primeros compañeros habían practicado formas semejantes de predicación, antes de la fundación de la Compañía. Hablando de sus peripecias en Vicenza, junto con Fabro y Laynez, el Peregrino nos relata lo siguiente: «Pasados los cuarenta días [dedicados a la oración], llegó el Mr. Juan Codure, y los cuatro decidieron empezar a predicar; y dirigiéndose los cuatro a diversas plazas, en el mismo día y a la misma hora comenzaron su sermón, gritando primero fuerte y llamando a la gente con el bonete. Con estos sermones se hizo mucho ruido en la ciudad, y muchas personas se movieron a devoción...»⁵.

La primera característica del modo nuestro de proceder que recoge el decreto 26 de la CG 34 dice así: «Profundo amor personal a Jesucristo». Esto es lo primero que nos distingue a los jesuitas. Un amor, que por su naturaleza, tiende a manifestarse y comunicarse en forma de ayuda a las almas, en el celo por ayudar a que otras personas disfruten y se enriquezcan con este conocimiento de Jesucristo. Este amor a Jesucristo impregna de tal manera a la Compañía, que Nadal llega a decir: la Compañía es «un resplandor que irradia de Cristo»; la otra cita de Nadal en el discurso sobre el estado de la Compañía del Padre General a los Procuradores, también dentro de la sección referente a la refundación de la Compañía.

Lo dicho es suficiente para poner de manifiesto que si alguien nos aventaja en celo misionero, en ardor apostólico, en predicación descarada de Jesucristo, sin ambages ni vergüenzas ni complejos ni timideces ni pudores, es para sonrojo nuestro⁶. Nuestra tradición, nuestra historia, nuestra espiritualidad, nuestro modo de proceder nos impulsan a la predicación entusiasta, gozosa, convencida, sin disimulo alguno de Jesucristo, rey eterno, que nos dice: «Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por

³ *Formula Instituti* [1], y véanse las páginas que les dedica a los ministerios de la Palabra: John O'Malley, S.J., *The First Jesuits*, Cambridge: Harvard University, 1993, pp. 91-133 (trad. castellana en la Colección Manresa 14, Bilbao: Mensajero y Santander: Sal Terrae, 1995).

⁴ Véase *ibid.*, 112-13.

⁵ *El Peregrino: Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, red. Josep María Rambla, S.J., Colección Manresa 2, Bilbao: Mensajero y Santander: Sal Terrae, 1984, [95].

⁶ El Padre General se pregunta y nos pregunta: «En el servicio de la fe, ¿habremos perdido el entusiasmo de la proclamación y el amor fruto de la convicción, hasta el punto de que los enemigos no tengan ya nada que temer? El miedo a ser considerado integrista o fundamentalista ¿habrá mermado un compromiso apostólico claro, «un resplandor que irradia a Cristo» (Nadal)? En el contacto con un jesuita, con su trabajo, con su casa y su ambiente, ¿se siente que «Dios es el primer servido»?» («Discurso sobre el estado de la Compañía a la 68ª Congregación de Procuradores», Roma, 17 de septiembre de 1999, § D.).

tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria» (*EE* [95]).

Así pues, un primer elemento de una cultura vocacional jesuítica según nuestra tradición es el fervor ardiente y misionero, elocuente y contagioso, que procede del contacto íntimo, sobrecogido, agradecido y entusiasta con el Señor Jesús, con el Corazón abierto y sangriento, traspasado de amor herido que sana y reconcilia un mundo roto.

2. Compasión con los crucificados de la historia

Precisamente el amor al Cristo crucificado y humillado, y la contemplación de su corazón traspasado nos contagian el modo de estar en la historia y de cumplir su misión Cristo nuestro Señor. Ciertamente las últimas CCGG, especialmente a partir de la CG 32, han puesto en primer plano la mutua implicación entre servicio a la fe y promoción de la justicia. Al actualizar así la misión de la Compañía hoy, las últimas CCGG han puesto el acento en algo que pertenece a nuestra mejor tradición, pues siempre que los compañeros de Jesús han sido fieles a su misión, han contemplado el mundo con los ojos misericordiosos del Señor Jesús y se han volcado en todo tipo de ministerios para aliviar la miseria y combatir la injusticia⁷.

El mismo Ignacio como Peregrino se entregó generosamente a los pobres⁸. Cuando estuvo en su tierra natal, Azpeitia, mandó que se proveyera para socorrer a los pobres «pública y ordinariamente» (*Aut.* [89]). Luego, como General, tuvo iniciativas apostólicas en este sentido: fundó una casa de acogida para huérfanos y otra para facilitar la salida de la prostitución a las cortesanas romanas⁹. De sus tiempos de pobre Peregrino, de camino desde Venecia hacia Barcelona, procede la siguiente anécdota, muy ilustrativa de lo que operaba en su ánimo el contacto orante con su Divina Majestad:

Y estando un día en Ferrara en la Iglesia principal cumpliendo con sus devociones, un pobre le pidió limosna, y él le dio un marquete, que es moneda de 5 ó 6 cuatrines. Y después de aquél vino otro, y le dio otra monedilla que tenía, algo mayor. Y al 3º, no teniendo sino julios, le dio un julio. Y como los pobres veían que daba limosna, no hacían sino venir, y así se acabó todo lo que traía. Y al fin vinieron muchos pobres juntos a pedir limosna. Él respondió que le perdonasen, que no tenía más nada (*Aut.* [50]).

Este espíritu de servicio a los más pobres, refulge con claridad en los momentos de mayor necesidad, como ocurrió con ocasión de la pésima cosecha de 1538 en Italia. Polanco lo relata así:

En aquel año de 1538 y en los primeros meses de 1539 una gran penuria de víveres se dejó sentir en varios lugares de Italia y de la misma Roma. En las calles públicas yacían muchos pobres, muertos de hambre y de frío. Hallábase la casa de la Compañía junto a la torre que el vulgo llama de la Marángola, a la cual eran llevados por los nuestros algunos pobres que yacían abandonados en la calle; y en entre ellos se repartían las limosnas que recogían mendigando. También procuraban proveer a los indi-

⁷ Véase: *Tradición ignaciana y solidaridad con los pobres* (Colección Manresa 4), Bilbao: Mensajero y Santander: Sal Terrae, 1990.

⁸ Puede verse: J.M. Rambla, S.J. «El Peregrino con los pobres», en: *Tradición ignaciana..., cit.*, pp. 17-35.

⁹ Más detalles en: R. García-Villoslada, S.J., *San Ignacio de Loyola: Nueva Biografía*, Madrid: BAC, 1986, pp. 528-33.

gentes de algunos lechos en nuestra casa. Esta obra de piedad progresó tanto, que llegó a cien y luego a doscientos y trescientos y casi a cuatrocientos el número de los que pudieron disfrutar de cama, además de albergue y fuego¹⁰.

Recogiendo esta experiencia apostólica, la *Fórmula del Instituto* indicará, al describir la misión de la naciente Compañía de Jesús, que el futuro compañero de Jesús habrá de estar «preparado para reconciliar a los desavenidos, socorrer misericordiosamente y servir a los que se encuentran en las cárceles o en los hospitales, y a ejercitar todas las demás obras de caridad según que parecerá conveniente para la gloria de Dios y el bien común» (*Form. Inst.* [1]).

A lo largo de nuestra historia¹¹, han sido muchos los jesuitas que han destacado en el compromiso por el bien común, tanto desde la atención directa a los más pobres, como san Pedro Claver con los esclavos o san Luis Gonzaga con los apestados; o desde la reflexión sobre el bien común y las estructuras sociales más justas, como Luis de Molina y Oswald von Nell-Breuning, o desde la generación de estructuras eficaces para paliar la pobreza, como el «hogar de Cristo» del Beato Alberto Hurtado o «Fe y Alegría» de José Manuel Vélaz.

Pertenece, pues, a nuestra tradición mirar el mundo con los ojos compasivos del Señor Jesús. Son estos ojos, lúcidos ante los sufrimientos del mundo, de los pobres, de los sin voz, de los olvidados, los que nos contagian su mirada al mundo. Es su corazón, rebosante de misericordia hasta derramar toda su sangre, el que nos impulsa a desgastarnos en la reconciliación de los hombres con Dios. Es su suerte en la cruz, condenado injustamente, la que nos recuerda incesantemente tantas condenas injustas, tantas privaciones, tantas vejaciones, tanto dolor y tanta injusticia. De ahí que pertenezca a la lectura cristológica de la Compañía, a su modo de situarse ante los conflictos que acontecen en el mundo, a la concepción de fondo de su misión y a la inspiración directa de sus ministerios articularlo todo desde los ojos y las entrañas misericordiosas de aquel que dio su vida por la vida del mundo¹². Así pues, un segundo elemento de nuestra cultura vocacional consiste en la inspiración de nuestros ministerios desde el afecto, el interés y la compasión con los golpeados por el sufrimiento, la pobreza y la injusticia.

Desde el punto de vista de la cultura vocacional, parece indispensable una traducción práctica y visible de este elemento de nuestra lectura cristológica a las opciones apostólicas, las plataformas de trabajo y los destinos de los jóvenes jesuitas. Ya nos decía Ignacio que «el amor se debe poner más en las obras que en las palabras» (*EE* [230]). En algunas partes de la Compañía corremos el peligro de repetir incesante y cansinamente un discurso sobre los pobres y la injusticia, sin traducirlo a hechos y contactos cotidianos.

Por otra parte, la opción preferencial por los pobres ha sido una bendición para la Iglesia y para la Compañía, allí donde se ha dado el paso. En los discursos a la Congregación de Procuradores el Padre General nos insiste mucho en que no vale cualquier tipo de trabajo, también el social, si no va acompañado de una serie de factores. La articulación de los diversos ministerios de la Compañía desde la óptica del servicio a los pobres puede ser, en algunas Provincias lo es de hecho, un estupendo factor de promoción vocacional. Esto supone que no aparecemos ni nos presentamos ni nos entendemos como meros trabajadores sociales, sino como

¹⁰ *Ibid.*, 458.

¹¹ Puede verse la presentación de los ministerios sociales de O'Malley, *The First Jesuits*, cit., pp. 165-99.

¹² Véase la Carta del Padre General «Sobre el Apostolado Social», del 24 de enero de 2000, *Promotio Iustitiae* 73 (mayo de 2000), 19-24.

compañeros del Señor Jesús, servidores de su misión, y, consiguientemente, servidores de los pobres. Si somos, o se nos ve, preponderantemente como trabajadores sociales, posiblemente suscitaremos vocaciones al trabajo social o al voluntariado; pero no vocaciones a la Compañía de Jesús. Podemos compartir con otros muchas de nuestras preocupaciones sociales y colaborar en muchos proyectos con gentes de buena voluntad. No sería bueno que fuera al precio de ocultar clandestina o vergonzantemente nuestra identidad de jesuitas o nuestras motivaciones.

3. Perfil mariano muy acusado

Una de las constantes de la espiritualidad de san Ignacio es su devoción a Nuestra Señora, a la Virgen.

Se puede advertir a simple vista en la *Autobiografía*. Baste con recordar dos episodios significativos. Habiendo comenzado su mejoría en Loyola y ya en pleno fervor inicial de la conversión, Ignacio comienza a poner por escrito algunas cosas que más le llaman la atención. Nos dice: «... y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia – porque ya comenzaba a levantarse un poco por casa –, las palabras de Cristo, de tinta colorada; las de Nuestra Señora, de tinta azul...» (*Aut.* [11]).

En el camino entre Aránzazu y Montserrat tuvo el Peregrino la disputa con el moro a causa de Nuestra Señora. El texto nos dice:

Y en esto le vinieron unas mociones que hacían en su ánimo descontentamiento pareciéndole que no había hecho su deber, y también le causan indignación contra el moro, pareciéndole que había hecho mal en consentir que un moro dijese tales cosas de Nuestra Señora, y que era obligado volver por su honra. Y así le venían deseos de ir a buscar el moro y darle de puñaladas por lo que había dicho... (*Aut.* [15]).

Podíamos alargar el elenco de episodios marianos de Ignacio, como por ejemplo la consolación que tuvo viendo a Nuestra Señora con el Niño (*Aut.* [10]) o la vela de armas en Montserrat (*Aut.* [18]), etc.

En los **Ejercicios Espirituales**, columna vertebral de nuestra espiritualidad, la Virgen, Nuestra Señora, ocupa un papel destacado, sin por ello poner en cuestión ni el cristocentrismo ni el teocentrismo de los Ejercicios. Así, por ejemplo, además de aparecer en los ejercicios en los que su presencia resulta evidente, como la Encarnación (*EE.* [102s]) o el Nacimiento (*EE.* [111s]), es uno de los mediadores en los coloquios principales (*EE.* [63], [147], [156], [168]), que, como se sabe, están situados en los momentos más decisivos de la dinámica espiritual de los Ejercicios. Con estas breves anotaciones nos basta para nuestro propósito¹³.

Una de las empresas apostólicas de las que la Compañía se puede sentir más orgullosa son las **Congregaciones Marianas**. En alguna época de crisis, los enemigos de la Compañía llegaban a considerar a los congregantes igualmente como enemigos, tal era la vinculación entre la Compañía y los congregantes¹⁴. Personalmente no he participado en ninguna congregación

¹³ Entre la bibliografía puede verse: Peter-Hans Kolvenbach, S.J., «Nuestra Señora en los Ejercicios Espirituales», conferencia pronunciada el 1 de febrero de 1985 en el VIII curso ignaciano (Roma). Está recogida en *Id., Decir ... al «Indecible»: Estudios sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio* (Colección Manresa 20), Bilbao: Mensajero y Santander: Sal Terrae, 1999, 133-43.

¹⁴ Para el caso español, puede verse: C. López Pego, S.J., *La Congregación de «Los Luises» de Madrid*, Bilbao: Desclée, 1999.

mariana. Ahora bien, su mismo nombre y su talante expresan con elocuencia de sobra que en ellas, en continuidad y fidelidad a la espiritualidad de la Compañía, el perfil mariano era muy acusado.

Un historiador de la Compañía podría añadir más detalles y mayor erudición. No es necesario ahora para nuestro propósito. Según nuestra tradición, un tercer elemento de una cultura vocacional jesuítica radica en otorgar a Nuestra Señora un puesto destacado en nuestra piedad, en nuestra devoción, en nuestra oración; y, consecuentemente, enseñar a otros a vivir en contacto cercano con aquella que se caracteriza en la historia de la salvación por haber pronunciado el sí más rotundo al plan de Dios. Nuestra Señora, toda ella consagrada al plan de Dios y al servicio de la misión de Cristo, su Hijo, es madre de las vocaciones consagradas¹⁵.

4. Una estructura mistagógica

El futuro de la fe cristiana pertenece a aquellos grupos que sean capaces de guiar, acompañar y conducir al encuentro con Dios¹⁶. En América Latina la estrategia de captación de adeptos de las denominadas «sectas» pivota sobre su capacidad de proporcionar estructuras que facilitan y promueven la experiencia religiosa. En Europa los nuevos movimientos consiguen transmitir, provocar o ayudar a que se dé una fuerte experiencia religiosa.

Uno de los elementos más típicos de la Compañía ha sido, y será, su empleo de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio. Fueron el arma apostólica principal del Peregrino. Con ellos ganó a los primeros compañeros de París y, posteriormente, a otras muchas personas. O'Malley siente cierto gusto en insistir en que la actividad ministerial de los primeros jesuitas estaba determinada y orientada por los Ejercicios y, más particularmente, por la anotación decimoquinta: «que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante» (EE. [15]). Precisamente aquí residía la fuerza de la Compañía, en que propagaba la inmediatez del encuentro con Dios. Los Ejercicios son un instrumento apostólico privilegiado, pues se trata, en el fondo, de una pedagogía de la experiencia espiritual. Los Ejercicios, dicho con otras palabras, son un instrumento mistagógico: un manual de mistagogía cristiana.

Un cuarto elemento de una cultura vocacional jesuítica, fiel a nuestra tradición, radica pues en una estructura mistagógica, que conduzca y ayude al encuentro personal y profundo con Dios. Quienes están en contacto con los jesuitas estarán, entonces, bajo un alto riesgo de llegar a un encuentro personal, íntimo, fuerte y subyugador con el Eterno Señor de todas las cosas.

II. «La Compañía es, sin reticencias, parte de la Iglesia, en la Iglesia y por la Iglesia»¹⁷

En la misma audiencia que concedió Juan Pablo II a la CG 34, el Padre General nos insiste en que la Compañía es un cuerpo apostólico de la Iglesia, en la Iglesia y para la Iglesia. La refundación de la Compañía pasa por la interpenetración de un fuerte sentido eclesial en nuestras entrañas¹⁸. Baste con entresacar dos frases del discurso a los Procuradores sobre el estado

¹⁵ Véase: Uríbarri, *Reavivar...*, cit., 47-62.

¹⁶ Para un desarrollo más extenso de este punto puede verse: Gabino Uríbarri, S.J., «La mistagogía y el futuro de la fe cristiana: Una tesis», *Razón y Fe* 239 (febrero de 1999), 141-50.

¹⁷ Juan Pablo II, «Alocución al inicio de la Congregación General 34» (5 de enero de 1995), n.1.

¹⁸ Véase «La comunión en la Iglesia» en Peter-Hans Kolvenbach, S.J., «Discurso a los Procuradores sobre el estado de la Compañía», 1999, apartado D.2.

de la Compañía: «El Padre Maestro Ignacio nos quería en misión de Iglesia, más que ligados a nuestras propias obras»; «Debemos ser reconocidos en la Iglesia como quienes buscan la comunión en el Espíritu y hacen brotar en otros el mismo espíritu misionero».

5. Sentir gozoso con la Iglesia, la jerarquía y singularmente con el Papa

La comunión con la Iglesia jerárquica es una de las condiciones de posibilidad para que la Compañía pueda realizar su misión. Primero, porque estamos al servicio de la Iglesia y de sus pastores, particularmente al servicio del Romano Pontífice. La *Fórmula del Instituto* no puede ser más expresa: «... servir al solo Señor y a la Iglesia su Esposa bajo el Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra...» [1]. Segundo, porque al residir una de las especificidades de nuestro carisma en estar en la vanguardia, en la frontera, resulta más necesario el apoyo, la comprensión y el aprecio de los pastores. Sin contar con un voto de confianza inicial, como el de los exploradores, resultará mucho más difícil realizar nuestra misión. Habrá que gastar muchas energías en deshacer malentendidos, en dar explicaciones prolijas, en pedir disculpas, etc. Siendo como somos un grupo que se quiere situar en la vanguardia de la Iglesia, necesitamos estar en su corazón. Tercero, por consiguiente, quien más sufre cuando el sentir con la Iglesia se debilita es la misma Compañía, ya que configura una de las características del modo nuestro de proceder (cf. por ejemplo: CG 34, D.26, nn. 9-11).

Los inicios del pontificado de Juan Pablo II fueron tremendamente borrascosos para la Compañía. Con Pablo VI también hubo un duro encontronazo con el tema de los grados. En nuestra historia las relaciones con los pontífices no han sido siempre miel sobre hojuelas. Sin embargo, el espíritu del cuarto voto nos llama, para ser fieles a nuestro carisma, a una adhesión particular a la figura del pontífice, por encima de los gustos personales. El texto de la *Fórmula* es contundente:

... por una mayor devoción a la obediencia de la Sede Apostólica y mayor abnegación de nuestras voluntades, y por una más cierta dirección del Espíritu Santo, hemos juzgado que lo más conveniente con mucho es que cada uno de nosotros y cuantos en adelante hagan la misma profesión, estemos ligados, además del vínculo ordinario de los tres votos, con un voto especial, por el cual nos obligamos a ejecutar, sin subterfugio ni excusa alguna, inmediatamente, en cuanto de nosotros dependa, todo lo que nos manden los Romanos Pontífices, el actual y sus sucesores, en cuanto se refiere al provecho de las almas y a la propagación de la fe... [2].

Pienso que en este punto estamos necesitados de conversión, yo el primero¹⁹. Recientemente ha escrito el Papa una carta al Padre General pidiéndole expresamente que envíe jesuitas jóvenes a la Universidad Gregoriana en Roma. ¿Cómo reaccionamos ante esta petición? ¿Con la prontitud que Ignacio y Arrupe quisieran, de tal manera que en la Curia General les maree el número de cartas de gente ofreciéndose? ¿o disimulando, criticando las maniobras de los profesores de la Gregoriana, y agazapándonos para que no nos toque? ¿Cómo responderían a una petición como ésta otros grupos? Yo me imagino que se ofrecerían gentes en sus filas y lo emplearían, el llamamiento del Papa y su respuesta, como elemento integrante de su pastoral vocacional. Personalmente no tengo ningún deseo de ir a la Gregoriana; y siendo profesor de teología sé que corro un cierto peligro de terminar allí. Pero si en la Compañía no nos entu-

¹⁹ La CG 34 ha dedicado el decreto 11 al «Sentido verdadero que en el servicio de la Iglesia debemos tener», reconociendo así la importancia de este tema.

siasmamos con este tipo de misiones pontificias estamos traicionando nuestro principio y principal fundamento, lo más genuino de nuestros orígenes.

Un quinto elemento de una cultura vocacional jesuítica radica, pues, en poner nuestras fuerzas apostólicas al servicio de los objetivos principales y de las iniciativas más destacadas del Papa y de los obispos. Desde esta actitud de adhesión al Papa se han escrito algunas de las páginas más gloriosas y sacrificadas de nuestra historia, que han conformado nuestra identidad.

6. Vivencia comunitaria de la fe

Voy a partir de una triple constatación:

a) Dos de las frases de nuestra tradición que más nos gusta citar hoy a los jesuitas son: «Compañía de Jesús, compañía de amor», de san Francisco Javier, y aquella otra del Peregrino: «amigos en el Señor»²⁰. A los jóvenes jesuitas estas formulaciones les encandilan y expresan la Compañía en la que ellos se quieren reconocer.

b) Según el citado estudio de O'Malley, una de las razones que movía a las nuevas vocaciones a entrar en la Compañía durante los dos primeros generalatos era el modo familiar y amistoso que tenían los jesuitas de tratarse entre sí²¹. Lo que hoy subsumiríamos bajo la unión de los ánimos y los estilos de vida comunitaria.

c) La bibliografía sobre vocaciones y pastoral vocacional repite machaconamente, casi aburridamente, que uno de los factores más buscados por las nuevas vocaciones hoy en día es la vida de comunidad. De ahí que una vida comunitaria vigorosa sea uno de los mejores factores de promoción vocacional.

Hecha esta triple constatación, podemos pasar a la reflexión. El Padre General nos ha insistido, con llamadas urgentes y un lenguaje franco, duro y exigente, a revisar en profundidad nuestro modo de proceder en este ámbito²². Hay quienes opinan que sin una renovación a fondo de nuestras comunidades y de nuestros estilos de vida comunitaria el 80 % de las comunidades de la Compañía en territorio europeo desaparecerán.

Un sexto elemento de una cultura vocacional genuinamente ignaciana y jesuítica consiste en el vigor de la unión de los ánimos, fruto del intercambio espiritual profundo entre los compañeros, de la celebración de la fe juntos, de compartir la misión, de ayudarnos mutuamente en la toma de las decisiones apostólicas, del descanso juntos, de las conversaciones apostólicas, de la atención y el cariño mutuo, del clima religioso, apostólico y de pobreza propio de comunidades formadas por personas que no buscan otra cosa, sino los intereses de Jesucristo²³.

²⁰ CG34, D.26, n.10 recoge la primera expresión. Está tomada de una carta de Javier a Ignacio, escrita desde Cochín el 12 de enero de 1549. La segunda es de una carta a Juan de Verdolay, el 14 de julio de 1537. Puede verse el estudio de Javier Osuna, S.J. *Amigos en el Señor: Unidos para la dispersión* (Colección Manresa 18), Bilbao: Mensajero y Santander: Sal Terrae, 1998.

²¹ Véase O'Malley, *The First Jesuits*, cit., p. 55.

²² Véase, especialmente, su «Carta sobre la vida comunitaria», del 12 de marzo de 1998.

²³ Cf. las cartas de san Ignacio a Juan Pelletier (Roma, 13 de junio de 1551), y a Diego Miró (Roma, 1 de febrero de 1553).

7. Aprecio por las vocaciones sacerdotales y consagradas

Ciertamente, la articulación de las diferentes vocaciones dentro de la Iglesia es uno de los temas debatidos del postconcilio. Al haber renunciado, con razón, a la pastoral vocacional que se hacía antes, bajo la inspiración de la teología del estado de perfección, nos hemos quedado prácticamente sin pastoral vocacional alguna. Nos está costando mucho reconstruirla, bajo nuevos supuestos teológicos. Hay quienes piensan que algo así como una pastoral vocacional es algo desfasado, o que debería estar enfocada hacia la potenciación del laicado en una Iglesia todavía excesivamente clerical.

Una mirada hacia Ignacio nos demuestra que una de sus preocupaciones principales eran las vocaciones. Desde Barcelona, después del fracaso de Jerusalén, empezó a juntar algunos compañeros (*Aut.* [56]). Mucho le costó ganar a Maestro Francisco Javier o a Jerónimo Nadal, por citar solamente dos casos espectaculares. En sus instrucciones a los enviados en misión, una de las recomendaciones era que «extendieran los ojos», buscando candidatos idóneos para la Compañía²⁴. La pastoral vocacional ha sido, pues, una constante de nuestra tradición y de nuestro modo de proceder²⁵.

Los Ejercicios han sido, y pueden seguir siendo, una escuela formidable de vocaciones. Dependerá de cómo los demos, de cómo asimilemos toda la sabiduría que contienen acerca de la necesidad de la «elección de estado»; es decir, del discernimiento de la vocación particular de cada uno. Esto supone una transmisión catequética previa, con sus correspondientes narraciones y su imaginario propio, de la excelencia de las distintas formas de vida que se dan en la Iglesia. Si nosotros hoy no lo hacemos así, si no transmitimos la belleza de nuestra vocación nos estaremos alejando de nuestra tradición.

Como último ejemplo, dentro del terreno vocacional los modelos de identificación y emulación guardan una importancia capital. En la Iglesia antigua la «Vida de Antonio», atribuida a san Atanasio, ha sido la mayor propaganda de la vida monástica. En la Compañía, las cartas de Javier tuvieron un efecto formidable a lo largo de toda Europa. Lamentablemente, en muchos de nuestros centros educativos y grupos juveniles no se conocen las vidas de nuestros santos.

Un séptimo elemento de una cultura vocacional jesuítica será una catequesis bien trabada sobre las diversas formas de vida en la Iglesia y su belleza, junto con la preparación, tanto remota como próxima, para la elección de estado.

III. Nuestra Esperanza

Es tan cierto que las vocaciones son un don del Señor, fuera de todo merecimiento o «producción mecánica» de las mismas, como que hay determinados factores que ayudan a generar un caldo de cultivo propicio a las mismas. Desde ahí, podemos abrirnos a la esperanza de que el mismo Señor que fundó la Compañía, la mantendrá para su servicio. De nuestra parte, de siervos inútiles, está el procurar con sinceridad la fidelidad a nuestra vocación y a nuestra

²⁴ Véase la carta de Ignacio a Fulvio Androzzi, del 18 de julio de 1556. En el mismo sentido, Osuna, *cit.*, 245.

²⁵ Véase Víctor Betancourt, S.J., «Ignacio y el decreto sobre las vocaciones», *Promotio Iustitiae* 62 (septiembre de 1995), 93-98. Véanse también dos de sus trabajos inéditos: *Ritos humanos y ritos cristianos*, Roma 1995; y *La promoción vocacional ignaciana: Teoría y praxis*, Francfort 1995.

mejor tradición. Así pues, si en cualquier ministerio de la Compañía (1) aparecemos como enamorados de Jesucristo, de quien no podemos dejar de hablar a tiempo y a destiempo; (2) si este ministerio tiene presente el dolor del mundo, la injusticia y la pobreza y procura, desde su propia índole, paliarlo; (4) si allí proponemos una estructura mistagógica, adaptada a partir de los Ejercicios, a los pobres y a nuestros colaboradores, (3) donde Nuestra Señora ocupe un lugar destacado; (6) si allí compartimos nuestra fe con otros compañeros, la vivimos y expresamos comunitariamente, liturgia incluida, y (5) se nos ve como un grupo eclesial, inserto en la Iglesia, participando de sus alegrías y sus penas, a la vanguardia de las iniciativas del Papa para la evangelización, (7) con una buena catequesis sobre las diferentes formas de vida en la Iglesia, estaremos siendo fieles a nuestra tradición y modo de proceder.

¡Ojalá entonces el Dueño de la mies envíe, por su gran misericordia y suma bondad, a muchos jóvenes a la Compañía de su Hijo, para vivir y morir con Él y por Él!

Gabino Uríbarri, S.J.
La Bañeza 43, port 3, esc 1ª, 5º C
28035 Madrid
ESPAÑA

+34 91 386 3342 (fax)
dlainez@inicia.es

+ + + + +

CARTA

Al Editor,

He leído con interés *Promotio Iustitiae* 72 y 73 y con gran alegría he notado que se tiende, también en las indicaciones del Padre General, a adecuar cada vez más el apostolado social a las exigencias siempre nuevas de las personas a las que está destinado.

He visto con mucha satisfacción, que Ud. pone las «Comunicaciones» como la primera de las «Prioridades y Perspectivas» y señala que las nuevas tecnologías también pueden ser útiles «para mantener a los miembros ligados en unión, caridad y amor» (*PJ* 73, p. 26).

Espero fervientemente que los hijos de la Compañía de Jesús finalmente se den cuenta que es necesario abrirse a los retos de las nuevas tecnologías, como de hecho lo indican las *Normas Complementarias* (véanse los números 303 y 96 a continuación).

Sin embargo no querría que todo se limitara sólo al aspecto instrumental.

De hecho, sobre todo para el apostolado social, estos nuevos medios – ya desde los comienzos del cine, de la radio y ahora de la televisión, etc. – han asumido una importancia particular, porque influyen en el modo casi instintivo de considerar el mundo y por lo tanto también en la manera de aplicar los criterios religiosos y morales. Por esto, quienes se dedican en la actualidad al apostolado social se dan cuenta de algunas de las nuevas dificultades, tratan de afrontarlas, pero no saben cómo; sin embargo un conocimiento adecuado de estos problemas podría serle de ayuda fundamental. El hecho es que tienen que tratar con personas (individuos y grupos) que actúan bajo el influjo de una mentalidad cuantitativística, adquirida sin darse cuenta en contacto con los medios de comunicación. Así, cree que se puede hablar de sabores a personas que ya han perdido el gusto.

Es un asunto aún más complejo que el de los medios, y deben comprenderlo sea los mayores que huyen de estos nuevos medios, sea los jóvenes, que de alguna manera ya son víctimas de la nueva mentalidad y por ello difícilmente lo perciben.

Nazareno Taddei, S.J.
Via XX Settembre 78
19121 La Spezia
ITALIA

+39 0187 778 147 (tel/fax)
edav@col.it
www.edav.it
www.diodopointernet.it

Normas Complementarias

303. §1. La Compañía debe reconocer que la comunicación no es un sector apostólico restringido a unos pocos profesionales, sino una importante dimensión apostólica de todos nuestros ministerios. Por eso, todo jesuita, si quiere ser eficaz apostólicamente, debe conocer y te-

ner en cuenta el lenguaje y los símbolos, las posibilidades y las limitaciones de la moderna cultura de la comunicación¹³⁹.

§2. Debemos colaborar con los medios de comunicación para presentar mejor el verdadero rostro de la Iglesia y para que el Evangelio pueda inculturarse en la nueva cultura de masas. Si bien debemos nuestra primera lealtad a la verdad, nuestro criterio ignaciano de «sentir con la Iglesia» nos llevará a presentar lo que es de alabar en ella¹⁴⁰.

§3. A todos debe darse una formación general en esta materia... Sin embargo, escojan los Superiores mayores y destinen a su debido tiempo sujetos especialmente capacitados por su espíritu religioso y otras cualidades para que, con diversos grados de especialización y los correspondientes títulos académicos, adquieran la competencia necesaria para el uso de los medios de comunicación y para dirigir a otros en él. Así se podrán potenciar las posibilidades de nuestro apostolado para mejor cumplimiento de nuestra misión¹⁴¹.

96. §1. Durante todos sus estudios, los Escolares se ejercitarán en los medios de expresión adaptados al hombre de nuestro tiempo, de tal forma que, por su dominio del arte de hablar y escribir, se capaciten para ser competentes mensajeros del Evangelio de Cristo. Déseles oportunidad de acceder a los medios audiovisuales y de aprender a usarlos con utilidad pastoral⁵⁹.

§2. Para lograr este objetivo, ofrézcanse durante la formación, tanto primera como permanente, cursos de comunicación bien organizados que enseñen a juzgar críticamente los modos de expresión de esta nueva cultura, a valorar su dimensión estética y a usar los medios de comunicación en equipo⁶⁰.

+ + + + +

¹³⁹ Cf. CG34, d.15, nn. 1,3.

¹⁴⁰ CG34, d.11, n.26.

¹⁴¹ CG31, d.35, n.3; CG34, d.15, n.9.

⁵⁹ CG31, d.9, nn.18, 19; cf. CG32, d.6, n.27.

⁶⁰ Cf. CG34, d.15, n.9.